

**University of Alberta**

**Antología de cuentos traducidos del francés al español de la autora ruso-francesa Irène Némirovsky**

by

Geraldine Barandiarán-Muñoz

A thesis submitted to the Faculty of Graduate Studies and Research  
in partial fulfillment of the requirements for the degree of

Master of Arts  
in  
Translation Studies

Department of Modern Languages and Cultural Studies

©Geraldine Barandiarán-Muñoz  
Fall 2009  
Edmonton, Alberta

Permission is hereby granted to the University of Alberta Libraries to reproduce single copies of this thesis and to lend or sell such copies for private, scholarly or scientific research purposes only. Where the thesis is converted to, or otherwise made available in digital form, the University of Alberta will advise potential users of the thesis of these terms.

The author reserves all other publication and other rights in association with the copyright in the thesis and, except as herein before provided, neither the thesis nor any substantial portion thereof may be printed or otherwise reproduced in any material form whatsoever without the author's prior written permission.



Library and Archives  
Canada

Published Heritage  
Branch

395 Wellington Street  
Ottawa ON K1A 0N4  
Canada

Bibliothèque et  
Archives Canada

Direction du  
Patrimoine de l'édition

395, rue Wellington  
Ottawa ON K1A 0N4  
Canada

*Your file* *Votre référence*  
ISBN: 978-0-494-55735-8  
*Our file* *Notre référence*  
ISBN: 978-0-494-55735-8

**NOTICE:**

The author has granted a non-exclusive license allowing Library and Archives Canada to reproduce, publish, archive, preserve, conserve, communicate to the public by telecommunication or on the Internet, loan, distribute and sell theses worldwide, for commercial or non-commercial purposes, in microform, paper, electronic and/or any other formats.

The author retains copyright ownership and moral rights in this thesis. Neither the thesis nor substantial extracts from it may be printed or otherwise reproduced without the author's permission.

**AVIS:**

L'auteur a accordé une licence non exclusive permettant à la Bibliothèque et Archives Canada de reproduire, publier, archiver, sauvegarder, conserver, transmettre au public par télécommunication ou par l'Internet, prêter, distribuer et vendre des thèses partout dans le monde, à des fins commerciales ou autres, sur support microforme, papier, électronique et/ou autres formats.

L'auteur conserve la propriété du droit d'auteur et des droits moraux qui protègent cette thèse. Ni la thèse ni des extraits substantiels de celle-ci ne doivent être imprimés ou autrement reproduits sans son autorisation.

---

In compliance with the Canadian Privacy Act some supporting forms may have been removed from this thesis.

While these forms may be included in the document page count, their removal does not represent any loss of content from the thesis.

Conformément à la loi canadienne sur la protection de la vie privée, quelques formulaires secondaires ont été enlevés de cette thèse.

Bien que ces formulaires aient inclus dans la pagination, il n'y aura aucun contenu manquant.

  
**Canada**

## **Examining Committee**

Odile Cisneros, Cultural Studies, Translation

Claudine Potvin, Latin American Literature, Women's Writing

Sathya Rao, Translation Studies

Laura Beard, Spanish, Native Studies, University of Texas

## Abstract

This thesis is an anthology of short stories translated from French into Spanish written by Irène Némirovsky, a Russian French writer. These short stories were published in the book entitled *Dimanche*, in the year 2000. My thesis also includes an introduction in which the author is presented within her historical and literary context; an analysis of the main challenges and difficulties of the translated texts as well as a brief discussion of certain theoretical aspects, such as the notion of transparency in translation, follows.

## Resumen

Esta tesis consiste en una antología de cuentos traducidos del francés al español de la autora ruso-francesa Irène Némirovsky publicados en el año 2000 como parte de la selección titulada *Dimanche*. Además de las traducciones, mi tesis incluye una introducción en la que se sitúa a la autora y su obra dentro del contexto histórico-literario a mediados del siglo veinte, un análisis de las dificultades principales de traducción inherentes a los textos, así como una breve discusión de ciertos aspectos teóricos como lo son la noción de transparencia en la traducción.

| ÍNDICE                     | PÁGINA |
|----------------------------|--------|
| Introducción.....          | 1      |
| Un perfecto caballero..... | 29     |
| Fraternidad.....           | 54     |
| El sortilegio.....         | 70     |
| Monsieur Rose.....         | 91     |
| Referencias.....           | 114    |
| Bibliografía.....          | 115    |

## Introducción

Hace alrededor de dos años descubrí la extraordinaria novela *Suite Française* y a su autora Irène Némirovsky en un curso de literatura del siglo veinte. La novela había ganado el prestigioso premio Renaudot a título póstumo en el 2004, sesenta y dos años después de ser escrita. *Suite Française* no se publicó enseguida porque después del arresto y muerte de Irène Némirovsky en 1942, el manuscrito de esta obra viajó por años en el fondo de una maleta con sus hijas Denise y Elizabeth Epstein, hasta que un día Denise decidió ver qué contenía la pesada valija. “Elle fut parfois lourde à porter”, confesó Denise, “Il m’est même arrivé de lui donner quasiment un coup de pied” (Marin La Meslée 98). Hoy en día, esta novela ha sido traducida a más de treinta idiomas y forma parte del currículo de literatura de muchos colegios y universidades.

La historia de esta novelista me cautivó tanto, que decidí estudiar más a fondo su obra literaria y posteriormente traducir cuatro de sus cuentos como proyecto de maestría. Estos tienen por título: “L’honnête homme”, “Fraternité”, “Le sortilège” y “Monsieur Rose”, publicados en la selección titulada *Dimanche*, del año 2000. Escogí estos textos en particular por su significativa dimensión autobiográfica, y porque ellos representan los grandes temas de la obra literaria de Némirovsky: recuerdos de infancia, identidad del inmigrante, la predisposición del hombre al mal y la lucha entre el individuo y la sociedad.

A Irène Némirovsky se la puede considerar un personaje novelesco, una especie de heroína trágica de una de sus propias novelas: una mujer burguesa, judeo-rusa, establecida en Francia después de haber huido de la Revolución

bolchevique, escritora altamente prolífica, víctima del Holocausto. Fue una persona llena de contradicciones. Desde joven sufrió una especie de complejo de identidad que la angustiaría hasta el fin de sus días. Némirovsky siempre quiso ser francesa, incluso se identificaba mucho más con la cultura de Stendhal y Proust que con la de Tolstoi, y menos aun con la judía. Durante toda su vida la autora haría todo lo posible por vivir ajena a las tradiciones judías, inclusive se convirtió al catolicismo el dos de febrero del 1939, tal vez por motivos estratégicos o por convicción personal, no se sabe con certeza (Philipponnat and Lienhardt 316). Por lo tanto, el conflicto interior con respecto a la identidad del inmigrante es fundamental en la obra de esta autora ya que Némirovsky trata de explorar sin cesar, en este caso, la dicotomía identitaria del inmigrado ruso y judeo-ruso.

Para poder traducir la obra literaria de Irène Némirovsky hay que efectuar un viaje imaginario por la Rusia zarista y la Francia de mediados del siglo veinte. Entender a Némirovsky y su literatura es entender una vida marcada por sucesos y personas provenientes de estos dos países. Némirovsky siempre se inspiró en aquello que la rodeaba: su familia, la burguesía ruso-francesa y luego la francesa, el mundo de las altas finanzas, y sobre todo en los judíos. Es muy curioso que para alguien que prácticamente no se identificaba del todo con la cultura judaica, el tema de los judíos le sería casi ineludible, sobre todo aquel del judío burgués asimilado a la sociedad francesa o del inmigrante humilde que lucha por sobrevivir y poder formar parte de una nueva colectividad. La autora no dejaría

de escribir sobre los judíos hasta finales de los años treinta, suponemos que por razones políticas.

Hoy en día, existe una controversia interesante sobre Némirovsky. La publicación de *Suite Française* y su traducción a varios idiomas lógicamente han despertado un gran interés en la vida y obra de la novelista; lo cual ha resultado en una investigación más profunda de textos que estaban prácticamente olvidados. Muchos críticos literarios han catalogado a Némirovsky de antisemita por haber crudamente caricaturizado a sus personajes judíos en obras como *David Golder* (1929) y *Le Bal* (1930), y por haber publicado en periódicos abiertamente antisemitas como lo era el semanario francés *Gringoire*.

*David Golder* es el título de la primera novela de Némirovsky; novela que escribió a los veintiséis años y que conoció un éxito extraordinario, pues la crítica la catalogó de obra maestra. *David Golder* es la historia de un temible banquero judeo-ruso, establecido en Francia, inversionista y accionista que sin misericordia alguna aniquilaba a cualquiera que constituyera competencia financiera para él. El único propósito de Golder, nombre que a su vez es simbólico de riqueza, era adquirir capital a como diera lugar. La novela comienza con una escena en la que David Golder sostiene un diálogo con un socio suyo que está a punto de caer en la ruina. Golder se rehúsa a acudir a su ayuda y su socio se suicida. En vez de sentir algún tipo de remordimiento, Golder está tranquilo, más bien satisfecho de no tener que lidiar con este personaje nunca más. Némirovsky parece crear una especie de síntesis del judío ruso-francés en esta novela al presentarlo como un ser

incapaz de sentir compasión, motivado solamente por el deseo de adquirir lo material.

Aunque Némirovsky fue generalmente desapasionada y cruel hacia sus personajes judíos, sobretodo al usar estereotipos como “l’accent tudesque, la main molle et velue, un nez presque inconvenant et une barbe d’un gris sale” (Philipponnat and Lienhardt 153) es importante destacar que muchos de ellos tienen una dimensión positiva que no es evidente a primera vista. Por ejemplo, el estereotípico apetito por el dinero del personaje judío podría cobrar un sentido positivo, ya que éste viene a ser la antítesis de una previa condición de pobreza. El judío adinerado desea convertirse en el antónimo de su condición original o del resto de una colectividad judaica con quien no desea identificarse. Además, la riqueza que alcanza el personaje judío también podría verse como un símbolo de tenacidad. En una entrevista realizada por la periodista Janine Auscher, Némirovsky declaró que era injusto pretender que sólo hubiera destacado los defectos del judío en su novela *David Golder*. “Il me semble au contraire, et c’est là une des mes fiertés, avoir montré quelques qualités proprement raciales : le courage, la ténacité, l’orgueil –mais oui, dans son sens le plus haut –en un mot, le cran” (Philipponnat and Lienhardt 188). Entonces, el personaje judío de Némirovsky no puede ser visto como un ser unidimensional debido a que éste es una combinación de múltiples características que le otorgan su complejidad particular.

En la biografía *La Vie d’Irène Némirovsky*, Olivier Philipponnat y Patrick Lienhardt sugieren que Némirovsky imitó el estilo de otros escritores de la época

puesto que los estereotipos que usaba la novelista eran precisamente ideas populares con respecto al judío que ya existían en Francia (Philipponnat and Lienhardt 153). “Némirovsky sought unsuccessfully to replace her Jewish or Slavic identity (with all its unacceptable alien connotations in interwar France) with that of an assimilated French bourgeois intellectual” (Lloyd 176). De igual forma, Jonathan Weiss observa que este procedimiento es un esfuerzo de la parte de Némirovsky para concebirse una nueva identidad (Kershaw 71). Pero, ¿cómo se explica que una mujer tan brillante, con una mirada tan aguda y crítica de la sociedad no haya podido discernir las consecuencias del peligroso antisemitismo que asediaba Francia a principios del siglo veinte? Es indudable que los temas y procedimientos de la novelista son criticables, pero también podríamos decir que Némirovsky tenía derecho a escribir sobre lo que la impresionaba o acerca de lo que encontraba criticable en su propio medio social. Una cosa es segura, Némirovsky no fue igual de severa al tratarse de judíos humildes. La novelista solía criticar más bien al nuevo rico, al judío cuyos valores materialistas lo volvían corrupto.

La verdad es que Irène Némirovsky fue muy ingenua al principio de su carrera literaria. Más tarde confesaría que de haber sabido los eventos que se llevarían a cabo en Europa ella no hubiera escrito estos textos de la misma forma: “Il est tout à fait certain que s’il y a eu Hitler, j’eusse grandement adouci *David Golder*, et ne l’aurait pas écrit dans le même sens. Et pourtant, j’aurais eu tort, c’eut été une faiblesse indigne d’un véritable écrivain” (Philipponnat and Lienhardt 188).

Angela Kershaw tiene una reflexión muy interesante sobre la relación que existe entre el texto, su contexto histórico y el crítico: “The political significance of the literary text is mediated by the discussions of the text by critics. Némirovsky was acutely aware of the active nature of the relationship between text and context” (74). En otras palabras, Kershaw declara que son el crítico y el contexto político quienes contribuyen a que el texto tenga otro tipo de impacto en la sociedad. “The context of reception, rather than the context of production, defines a text’s meaning, and this process exceeds the author’s intention and control” (76). Némirovsky escribió *David Golder* en una época crítica, donde el judío era percibido como una amenaza a la economía del país por estar involucrado en actividades financieras que tenían grandes repercusiones a nivel nacional e internacional. Muchos críticos antisemitas vieron en *David Golder* una fiel representación del israelita internacional, el cual, aparentemente, no sentía ninguna obligación con la nación francesa, sino consigo mismo. “Ce type est celui du manieur d’argent poursuiv[ant] à travers le monde la possession des richesses et des joies de la terre avec la même avidité qu’ils montraient dans la poursuite des biens célestes” (Philipponnat and Lienhardt 186). Por lo tanto, la crítica vino a catalizar clichés populares con un discurso inclinado hacia el antisemitismo. El periódico *Le Courrier Littéraire*, por ejemplo, enumeró para sus lectores algunas características que se encontraban en esta novela con respecto a los judíos: “le goût de l’argent”, “la peur de la mort” (Philipponnat and Lienhardt 185), entre otras; incluso, se llegó a declarar en otro periódico francés que la novela de Némirovsky era el estudio de una raza (Philipponnat and

Lienhardt 185). De esta forma, la imagen del magnate judío encontró una especie de fundamento tanto en el medio literario como en el social, lo cual permitió que *David Golder* causara un impacto particular en el contexto de principios del siglo XX.

Aunque Irène Némirovsky escribe durante los años veinte y treinta, la crítica la sitúa en la tradición realista al compararla con escritores como Maupassant, Balzac y Flaubert. No obstante, sus temáticas son consideradas muy contemporáneas.

Némirovsky rejected the narrative experimentation of the inter-war avant-garde and of high modernism, and avoided the political extremism of the *roman à these...* Nonetheless her texts were received by critics as highly contemporary in their treatment of themes such as capitalism, emigration, internationalism and cultural mixing (Kershaw 63).

Al analizar la obra de Némirovsky podemos apreciar características de un realismo bastante clásico. En primer lugar, la focalización se lleva a cabo a través de un narrador omnisciente y, en segundo lugar, tanto en sus cuentos como novelas, este narrador nos da a conocer a sus personajes por medio de una descripción detallada de sus características físicas o emocionales analizando sus reacciones al confrontarlos con problemas individuales o sociales (Renard 170). Por ejemplo, la presencia de la guerra en la obra de esta novelista es muy importante ya que ésta viene a ser una especie de *litmus test* para descubrir la

esencia de una sociedad y la del individuo mismo. Tal parece que la autora realizara un estudio social enfocándose en fracciones cada vez más pequeñas de la sociedad para producir un amplio panorama sobre la psicología del hombre.

Némirovsky también utiliza las técnicas narrativas del diálogo y del análisis psicológico para exponer una serie de contradicciones del individuo al interior de una visión sociológica (Renard 170). Para ilustrar lo dicho tomaremos como ejemplo el personaje de Lucile Angellier, del relato titulado “Dolce”, dentro de la novela *Suite Française*. Lucile es una joven francesa que se enamora del alemán que se aloja en su casa durante la ocupación alemana del 1941. Por medio de este personaje, Némirovsky explora la disyuntiva entre el deber a la patria y la satisfacción emocional, y cómo el individuo se vuelve esclavo de las circunstancias al no poder elegir su destino ya que la sociedad, en este caso la francesa, lo obliga a ver el mundo a su manera.

Eh bien, oui, la guerre, [...] eh bien, oui, les prisonniers, les veuves, la misère, la faim, l’occupation. Et après? Je ne fais rien de mal. C’est l’ami le plus respectueux, les livres, la musique, nos longues conversations, nos promenades dans le bois de la Maie... Ce qui les rend coupables, c’est l’idée de la guerre, ce malheur universel. [...] Je hais cet esprit communautaire dont on nous rebat les oreilles. Les Allemands, les Français, les gaullistes s’entendent tous sur un point : il faut vivre, penser, aimer avec les autres en fonction d’un État, d’un pays, d’un parti (456-57).

Aquí podemos apreciar cómo la sociedad francesa es la que le dicta a Lucile que comportamiento adoptar ante el ‘enemigo’ alemán. Némirovsky explora y cuestiona lo que es el enemigo, cómo se constituye y por qué se ve como tal. A su vez, la novelista nos revela esta especie de esclavitud que sufre el individuo al no poder ser libre para escoger su destino bajo un estado de guerra. Por eso surge el conflicto del personaje entre la lealtad al Estado y la lealtad a sí mismo. Lucile es, en cierta forma, prisionera de los valores de una colectividad, y al no poder separarse de ella, se ve obligada a cumplir con lo que ésta demanda.

Por otra parte, la obra literaria de Némirovsky puede ser dividida en dos grandes temáticas: la inmigración, y el análisis de la sociedad francesa durante el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Es precisamente este suceso internacional el que viene a marcar la separación entre lo que podemos considerar como dos períodos de producción literaria de Némirovsky. Sino, ¿cómo explicamos que no exista ni un solo inmigrante en obras como *Suite Française* o *Les biens de ce monde*? La autora cambia su enfoque en temas sobre la inmigración y el capitalismo y se concentra más bien en los entresijos de la colectividad francesa bajo una especie de cataclismo, en este caso, la guerra.

Al principio de su carrera de novelista, la autora aborda el tema del judío rico con ansias de poder. Es en esta época que Némirovsky critica al judío de una forma verdaderamente severa, sobre todo a aquellos judíos que pertenecían a la burguesía ruso-francesa. Luego la autora exploró el tema de la inmigración rusa a Francia. Aquí Némirovsky examina más a fondo lo que es la identidad del

inmigrante judeo-ruso y su capacidad o incapacidad de asimilación a la nueva sociedad:

Némirovsky combined the themes of Russian emigration, Jewishness – in particular the opposition between the Eastern immigrant Jew and the assimilated Jew – and the politics, economics and society of inter-war France to produce the most nuanced and sensitive account of Jewish identity and experience she was ever to write (Kershaw 62).

Némirovsky describe la situación del judío en el espacio europeo revelando sus dificultades, sus triunfos, su dolor; pero sobre todo, la autora da a conocer los desafíos que enfrenta el judío como inmigrante y como ‘peregrino’. “Où Dieu ne jette-t-il pas le Juif?” (83) diría Rabinovitch a Christian en el cuento “Fraternité”, refiriéndose a una especie de maldición del judío, la cual radica en una lucha constante, ya sea para sobrevivir o para asimilarse a una nueva sociedad.

En cierta forma, esta lucha no pertenece sólo al judío, sino también a todo inmigrante. Némirovsky aborda especialmente el tema de la situación precaria del inmigrante ruso en Francia y explora sus conflictos internos, los cuales tienen que ver con el estar dividido entre la tierra natal y el país al cual ha inmigrado. En la novela *Les Mouches d'Automne*, el personaje Tatiana Ivanovna es una inmigrante rusa que sufre al no poderse adaptar a Francia. Tatiana se encuentra dividida, inconforme y vacía en esta nueva sociedad. Su único anhelo es ver la nieve, sentir el frío para poderse acercar a Rusia de forma alegórica a través de estos elementos. Al final, el personaje sólo puede encontrar paz en el suicidio.

Tatiana se ahoga en el río Sena en pleno invierno, regresando a su tierra natal simbólicamente. Por medio de esta novela Némirovsky revela una aguda sensibilidad hacia la situación del inmigrante, es decir, hacia esta condición de individuo desarraigado y completamente dividido entre dos tierras o dos maneras de concebir el universo.

Por último, Némirovsky analiza a la sociedad francesa después de la guerra del 1914 así como al principio de la Segunda Guerra Mundial enfocándose específicamente en el trauma que ésta deja en el ser humano. Más tarde, la autora también abordaría brevemente el tema de la Resistencia francesa durante la ocupación alemana a principios de los años cuarenta. Éste es precisamente el tema del relato titulado “Dolce”. Sin embargo, Némirovsky no nos pinta una imagen unidimensional del francés admirablemente patriótico como en la novela de Jean Bruller, *Le Silence de la Mer*; más bien, la novelista muestra una comunidad que resiste a los alemanes dentro de una compleja paradoja, pues mientras que muchos franceses arriesgaban sus vidas para protegerse unos a otros de los alemanes, muchos más llegaron a apreciar la presencia de los mismos ya que éstos habían traído un respiro de novedad a un pueblo enfrascado en una triste rutina. Por lo tanto, Némirovsky nos ofrece una representación realmente compleja de este período de ocupación alemana en Francia y demuestra que cada acontecimiento está compuesto de múltiples dimensiones que atenúan lo trágico.

Después de la declaración de la Segunda Guerra Mundial, Irène Némirovsky envió a sus hijas a vivir al pueblo Issy-l'Évêque, un lugar donde la

autora experimentaría “l’inconfort le plus absolu” (Philipponnat and Lienhardt 328-329), pues la familia no tendría las mismas comodidades que en la capital. Luego la autora y su esposo Michael Epstein también se refugiaron aquí hasta que los dos fueron arrestados en el año cuarenta y dos. El período que Némivorsky pasó en Issy-l’Évêque no fue solamente difícil por causa de su situación financiera, sino también por ese estado de incertidumbre con respecto a su estatus legal, es decir, el de judía sin patria; y por el sentimiento de abandono de parte de muchos miembros del medio literario. Las leyes del gobierno de Vichy le habían impedido publicar por causa de su identidad étnica. Fue durante esta época que Irène Némirovsky escribió la mayoría de sus cuentos, textos que logró publicar bajo distintos seudónimos y a los que muchas veces se refirió como *nouvelles alimentaires*, ya que fueron éstos los que permitieron que la familia subsistiera durante los años que precedieron el arresto de la novelista y el de su esposo.

En mayo del 1941, Némirovsky escribe “L’honnête homme”, la historia de un hombre al que todos consideran muy honrado u ‘honesto’, pero que guarda un secreto vergonzoso que se lleva hasta la misma tumba. Sirviéndose de la tradición realista, casi como el mismo Maupassant, Némirovsky desnuda poco a poco el alma del protagonista Monsieur Mitaine, y explora uno de sus temas favoritos: “l’héritage du vice” (Philipponnat and Lienhardt 371). Némirovsky propone una especie de determinismo con respecto a la naturaleza humana asumiendo que ésta es irremediablemente mala. En esta historia el mal se transfiere de generación en generación. “Je ne sais pas ce qui se passe dans le cœur d’un coquin, mais je connais celui d’un honnête homme, et c’est affreux”

(Némirovsky 192), diría el personaje Monsieur Mitaine citando las palabras del filósofo Joseph de Maistre. Némirovsky se sirve de esta declaración para manifestar una visión o una filosofía fatalista sobre el hombre, el cual está predeterminado a la maldad.

El cuento *Fraternité*, publicado en el año 1937 (Sartori 40), nos habla de la necesidad del ser humano de identificarse con una cultura determinada. La historia de Christian Rabinovitch es también la historia de muchos otros judíos de aquella época, y de la misma Némirovsky que deseaban negar todo vínculo con una identidad judía. Christian, un rico burgués francés de ascendencia judía se molesta al saber que el judío pobre que conoce en una estación de ferrocarril tiene su mismo apellido. Christian se encuentra con su doble, con su reflejo, con una especie de hermano que representa un pueblo despreciado por el resto de la sociedad francesa. Por más que Christian quisiera olvidarse de su linaje no puede, pues su misma carne se lo recuerda de manera simbólica. “C’est de cela que je souffre... C’est cela que je paie dans mon corps, dans mon esprit. Des siècles de misère, de maladie, d’oppression... Des milliers de pauvres os faibles, fatigués, ont fait les miens” (86). Además, este sentimiento de desprecio que siente Christian Rabinovitch es a su vez un reflejo del prejuicio francés hacia los judíos.

En esta historia se establece una “fraternidad” entre Christian y el judío ya que los dos hombres se compenetran a medida que se van conociendo. De igual forma podemos apreciar un paralelismo entre Christian y su “doble” con respecto al sentimiento o situación de inseguridad que caracteriza, según Némirovsky, la

existencia del judío. Aunque los dos personajes pertenecen a dos clases sociales diferentes, ninguno de los dos es capaz de encontrar o sentir paz. Por un lado, Christian se siente incómodo en la riqueza, insatisfecho emocionalmente, preocupado. Por otro lado el hombre judío también está en busca de una especie de seguridad y sosiego que le es imposible alcanzar. Tal parece que los dos personajes estuvieran bajo una especie de condenación, simple y sencillamente por el hecho de ser judíos.

Varios críticos sugieren que el título *Fraternité* es también una alusión a los pilares de la revolución francesa: *liberté, égalité y fraternité* (Sartori 40). La nación tan idealizada por Némirovsky durante toda su vida la estaba traicionando al abandonar sus principios democráticos. ¿Dónde había quedado la igualdad, la libertad de tantos judíos a los que ahora llamaban ‘despatriados’? Cabe decir que en aquella época fueron muchos los judíos que murieron sintiéndose más franceses que judíos, incluyendo la misma Némirovsky. Éste es uno de los motivos por los cuales las preocupaciones de Némirovsky trascienden su contexto histórico ya que podrían aplicarse a la época actual. En la Francia moderna, ¿cuántos ‘Christians’ no podrían identificarse con esta historia? La problemática del conflicto de identidad del inmigrante y de los hijos de inmigrantes es un tema realmente complejo y muy presente en nuestras sociedades cosmopolitas, pero este podría ser el tema de otro trabajo.

El cuento titulado “Le sortilège” es un relato autobiográfico de Némirovsky. Más bien, la autora se inspira en sus recuerdos de infancia para

crear una obra llena de imaginación y misterio sobre una familia de ucranianos algo particular. Es por medio de la perspectiva de una niña que la narradora aborda esta historia en la que la magia justifica lo que aparentemente parece inexplicable. La autora explota precisamente el tema del ocultismo para lograr que un suceso banal y natural como lo es la atracción entre un hombre y una mujer permanezca en la dimensión de lo maravilloso. Némirovsky desarrolla esta temática al utilizar todo un léxico relacionado con la magia, produciendo de esta forma un tono de suspenso, de misterio, el cual permite a su vez que tanto los personajes como los objetos del cuento estén nimbados de misterio. “Il y avait de la poussière, des toiles d’araignée, de petits fauteuils bancals, d’antiques malles ventruées dans tous les coins. La maison sentait le tabac fort, la fourrure mouillée, les champignons, car elle était humide” (294). Igualmente podemos apreciar cómo la escritora es capaz de transformar sus recuerdos en una especie de aventura fantástica. Como diría Jean Paul Sartre, “pour que l’événement le plus banal devienne une aventure, il faut et il suffit qu’on se mette à le raconter” (Sartre 62). Sólo basta que el escritor utilice su artificio para convertir el pasado en una obra de arte.

En el mes de junio de 1940, Némirovsky ya estaba viviendo en el pueblo Issy-l’Évêque con su familia de forma definitiva. Los alemanes avanzaban en el frente francés; los bombardeos eran cada vez más frecuentes. Los parisinos y muchos otros franceses del norte del país se vieron obligados a abandonar sus hogares para huir de la amenaza alemana. Fue precisamente este trágico éxodo

hacia el sur de Francia que inspiraría a la novelista a escribir la aclamada novela *Suite Française*. Sin embargo, durante la redacción de esta obra ‘incompleta’, considerada por Némirovsky como una especie de sinfonía que describiría los momentos clave de la Segunda Guerra Mundial y su impacto en la sociedad francesa, la autora escribió un cuento titulado “Monsieur Rose”, el cual puede verse como una pequeña versión del caleidoscopio de “Tempête en juin” dentro de *Suite Française*, ya que éste describe la experiencia de un burgués francés durante el éxodo hacia el sur del país precisamente en junio del 1940.

Monsieur Rose es un hombre que al igual que la familia Péricand en *Suite Française*, posee muchísimas riquezas y se ve obligado a separarse de ellas al tener que huir durante la invasión alemana a Francia. Némirovsky ironiza los actos del protagonista que representa a la burguesía francesa para de cierta forma criticar a esta clase social tan indiferente hacia el resto de la sociedad. En la obra podemos apreciar cómo las mañas de hombre rico y acomodado de Monsieur Rose, nombre simbólico de delicadeza, son sutilmente descritas para inyectar un humor característico de la autora, humorismo que a su vez aligera el relato de un evento realmente trágico. Christopher Lloyd sugiere que el crear este tipo de personajes constituía un cierto escape emocional para Némirovsky: “Writing about invented characters seen with a sort of amused disdain allowed her temporarily to escape her own sense of entrapment” (168).

Monsieur Rose es una síntesis de la burguesía francesa quien se ve destituida de su cultura y delicadeza al tener que formar parte de esta “foule de piétons” (Némirovsky 364) homogénea durante el éxodo de personas desplazadas

por la guerra. Al igual que todos los demás refugiados, Monsieur Rose se pierde dentro de una manada humana constituyéndose simplemente en otra víctima más. Nuevamente, Némirovsky toma esta colectividad como punto de referencia para poder analizar el comportamiento del individuo frente a esta comunidad bajo circunstancias extremas. “On sait bien que l’être humain est complexe, multiple, divisé à surprises, mais il faut un temps de guerre ou de grands bouleversements pour le voir. C’est le plus passionnant et le plus terrible spectacle [...]” (364). La autora realizó un pequeño estudio sociológico en el que revela los comportamientos típicos de la época y la situación de una sociedad “whose values and certainties [were] on the point of collapse” (Lloyd 167). Según Némirovsky, sólo así se puede conocer verdaderamente la esencia del humano y la de una sociedad.

En este siglo donde dos guerras mundiales vinieron a estremecer valores sociales, y donde la producción literaria experimentó una especie de explosión al encontrar nuevas formas de expresión, Némirovsky se serviría de un estilo tradicional para expresar temáticas bastante contemporáneas. Además de las voces existencialistas como la de Albert Camus y Jean Paul Sartres, o de feministas como la de Simon de Beauvoir, entre muchas otras, también existía la voz realista de Némirovsky influenciada por Maupassant, Flaubert, Stendhal, es decir, los realistas franceses por excelencia. Némirovsky presentó una perspectiva de inmigrante, sensible y a la vez crítica, primero hacia el inmigrado y luego hacia la sociedad francesa de mediados del siglo veinte. Por lo tanto, Irène

Némirovsky viene a ser una especie de fusión entre lo tradicional y lo moderno, una representación de aquellos escritores que aunque no abrazaron las nuevas corrientes literarias al principio del siglo veinte, sí fueron innovadores al haber compartido temas modernos y trascendentes como lo son: la inmigración, la guerra, el capitalismo, etc.

Por otra parte, al traducir una obra literaria, y en este caso estos cuatro cuentos de Irène Némirovsky, debemos tener en cuenta que toda traducción es una especie de trasplante cultural. El traductor no se enfrenta meramente a un desafío lingüístico, sino también a un reto cultural ya que debe trasladar un texto que contiene una cierta visión del mundo hacia otra completamente diferente. Este procedimiento nos presenta un desafío que tiene que ver con lo que el teórico Lawrence Venuti denomina *foreignization* y *domestication*. Existen varias teorías de traducción que de una forma u otra ayudan al traductor a posicionarse frente a una especie de ética de traducción. El argumento fundamental de dichas teorías tiene que ver con la ilusión de transparencia o con la ausencia de la misma en el texto meta. En otras palabras, estas teorías de traducción arguyen una de dos posiciones; la primera es aquella que está a favor de la traducción que se lee como el texto original, y la segunda tiene que ver con el texto meta cuyo carácter exótico refleja las normas y cultura del texto fuente de forma tal, que no queda duda que se está frente a una traducción.

En este proyecto sólo deseo comentar brevemente estas dos posiciones con relación a la traducción para luego expresar mi propia posición

como traductora con respecto a los textos que he traducido. En primer lugar, *foreignization* es un modo y una especie de ética de traducción en la que se borra la ilusión de transparencia de la traducción. El teórico Lawrence Venuti es un ávido defensor de este procedimiento y lo explica de la siguiente manera: “foreignizing translation signifies the difference of the foreign text, yet only by disrupting the cultural codes that prevail in the target language. In its effort to do right abroad, this translation method must do wrong at home, deviating enough from native norms to stage an alien reading experience” (Venuti 20). Por el contrario, *domestication* se refiere al procedimiento por medio del cual las referencias culturales del texto fuente se acomodan completamente a la cultura del público del texto meta. Según Venuti, este modo de traducción es etnocéntrico y debería evitarse. Sin embargo, ¿es factible o aplicable la posición de Venuti al tratarse de cualquier texto? Dentro de su teoría, Venuti otorga connotaciones negativas al proceso de *domestication*; pero si lo articuláramos de otra forma, tal vez no sería tan negativo. ¿Podríamos decir que *domestication* tiene que ver con el deseo producir esta ilusión de transparencia?

En su artículo titulado “Walking the Tightrope of Illusion”, la traductora Anthea Bell aclara que la traducción transparente no borra necesariamente los elementos forasteros del texto fuente:

I am not saying, of course, that the illusion should deprive readers of the foreignness of the original text, something that advocates of visible translation are extremely anxious to preserve. Far from it: I mean only that I hope a translation will read as easily and be as

appealing to the reader as if it had been originally written in English (60).

Anthea Bell comparte varios ejemplos en los cuales argumenta que es necesario manipular la traducción para que ésta fluya y produzca un efecto particular en el público del texto meta. Mientras que existen muchos argumentos en contra de este procedimiento, ya que éste constituye otro tipo de ilusión, es necesario reconocer que, como traductores deseamos que nuestro texto se disfrute como el texto fuente. Por ejemplo, ¿de qué manera traduciríamos obras como *Astérix le Gaulois*? ¿Se puede aplicar la teoría de *foreignization* en este caso donde el humor es fundamental? Tal vez sí es factible, pero tendríamos que tener en cuenta que el humor varía entre las culturas y por lo tanto, si no manipuláramos la traducción acercándola a la cultura del público del texto meta, sería muy difícil reproducir tal humorismo.

Quizás la respuesta a esta dicotomía se encuentra entre estos dos procedimientos. Sí es posible realizar una traducción que fluya en el idioma del texto meta y que conserve el carácter del texto fuente, referencias culturales, etc. Por ejemplo, al realizar este proyecto de traducción me basé en la siguiente declaración de Norman Shapiro:

I see translation as the attempt to produce a text so transparent that it does not seem to be translated. “A good translation is like a pane of glass. You only notice that it’s there when there are little imperfections – scratches, bubbles. Ideally, there shouldn’t be any. It should never call attention to itself” (citado en Venuti 1).

Sin embargo, también decidí dejar elementos sin traducir como *Monsieur*, *Madame* o *Mademoiselle*, entre otros, para poder conservar una dinámica referencia a la cultura francesa. En otras palabras, mi meta ha sido conseguir que mi traducción fluya de tal manera que parezca que fue escrita en la lengua meta más no sin borrar completamente toda referencia a la cultura del texto fuente.

Antes de realizar mis traducciones leí dos novelas de dos autoras españolas más o menos contemporáneas con Némirovsky para poder adquirir un tono particular de la época. Estas obras fueron: *Nada*, de Carmen Laforet y *Luciérnagas*, de Ana María Matute, dos mujeres que vivieron una situación un tanto similar a la de Irène Némirovsky, ya que escribieron en el contexto de la posguerra en España. El leer estos textos me ayudó a tener una idea de cómo reproducir una narrativa realista y psicológica en mi traducción. De esta forma, me fue más fácil acomodarme a las normas literarias del género al que pertenecería mi traducción. Además, estas lecturas previas a la traducción me fueron muy útiles para poder encontrar esta voz particular del escritor del texto fuente.

No obstante, cuando decimos ‘la voz del escritor del texto fuente’ no significa que queramos darle una voz al autor del texto original, sino al texto mismo en la lengua meta. Podríamos declarar que esta voz del escritor tiene que ver más bien con el tono de la obra que con el escritor en sí. El tono es algo que trasciende la palabra escrita; el tono es una actitud, una posición o sentimiento de una obra literaria que como traductores debemos reproducir en el texto meta. Eliot Weinberger, traductor del escritor Octavio Paz, declara que: “The purpose

of, say, a poetry translation is not, as it is usually said, to give the foreign poet a voice in the translation- language. It is to allow the poem to be heard in the translation-language, ideally in many of the same ways it is heard in the original language” (11). La esencia de esta declaración tiene que ver precisamente con el tono del texto. Al leer una traducción el lector debe sentir o percibir la actitud del texto mismo y no necesariamente la del autor, lo cual es difícil, pues aquí se trata de articular elementos intangibles como lo son la ironía, el misterio o el humor a través de signos completamente diferentes a los del texto fuente.

A continuación deseo comentar brevemente algunos problemas gramaticales y léxicos que encontré al traducir distintas expresiones en los textos originales para dar un ejemplo de los diferentes tipos de traducción que podemos efectuar para resolver estos desafíos. Por ejemplo, en el cuento “L’honnête homme”, el sintagma nominal “maisons basses”, presenta un problema de traducción léxico. Esta expresión puede considerarse ambigua en el texto puesto que puede tener dos significados. Por un lado podría referirse a la posición de estas casas, ya que éstas podrían estar en un declive; pero por otro lado, la autora podría referirse a la condición económica de sus habitantes. En este caso, el contexto nos ayuda a determinar cuál de las dos opciones es la más adecuada. Al continuar la lectura vemos que la autora utiliza un léxico que se asocia más bien con una clase social trabajadora. Por ejemplo, el verbo “glapir”, que quiere decir “gañir”, se usa en la historia para describir el modo de hablar de las mujeres de estas casas, lo cual nos lleva a suponer que no son personas muy refinadas.

Además éstas están cocinando sopa, un plato asociado con personas pobres. Por lo tanto, podemos traducir esta expresión como: “casas humildes”.

De igual forma, el siguiente problema de traducción que quisiera comentar también tiene que ver con el léxico. Éste se encuentra en el cuento “Monsieur Rose”, en la siguiente frase: “Il était si fatigué que sa voix sonnait à ses oreilles, blanche et lointaine comme celle d’un étranger.” Aquí el problema radica en el sintagma nominal “voix blanche”. La autora nos describe a alguien que está exhausto, que a penas puede escuchar su propia voz. El adjetivo *blanche* expresa la idea de una voz sin brillo, silenciosa. En francés se puede utilizar la palabra *blanc* como sustantivo para expresar ‘silencio’. Por ejemplo, podríamos decir: “il y a eu plusieurs blancs dans la conversation” (Larousse 123), que en español sería: “hubo varios silencios en la conversación” (Larousse 123). Sin embargo, aquí Némirovsky utiliza esta palabra como un adjetivo que modifica ‘la voz’ del personaje. Por lo tanto podríamos decir que la voz de Monsieur Rose sonaba vacía, empañada, sin sonoridad alguna. Entonces, ésta es la traducción que propongo en el texto meta: “Estaba tan cansado que su voz empañada resonaba en sus oídos lejana como la de un extraño.” El adjetivo participio ‘empañada’ me pareció justo en este caso para reproducir esta imagen de algo que ha perdido su brillo completamente y, a la vez podemos mantener esa referencia al color blanco que incluye la autora en el texto fuente.

Por último, deseo comentar dos problemas de traducción en una misma frase en el cuento “Fraternité”. El primero tiene que ver con el léxico, así como los casos que acabo de comentar, y el segundo es una frase idiomática la cual

requiere una traducción comunicativa, o sea, tenemos que buscar una expresión análoga a la del texto fuente. La frase es la siguiente: “Il portait un méchant petit manteau usé, une casquette et l’on voyait, de chaque côté de sa tête, deux grandes oreilles en pavillon de cor.” Primeramente tenemos la frase un “méchant petit manteau”, y luego, “oreilles en pavillon de cor”. Para traducir la primera frase, debemos cambiar el orden de la misma y a su vez decidir cómo traducir la idea de *méchant* al hablar de un abrigo. La denotación en francés de este adjetivo es ‘malo’ o ‘feo’. Sin embargo, la palabra ‘feo’ se encuentra en el mismo registro de los adjetivos *laid* o *moche*, y la autora no los utilizó en el texto. Por eso me parece que Némirovsky podría referirse más bien a la calidad del abrigo y no a una característica meramente estética. Por otro lado, la frase idiomática “oreilles en pavillon de cor”, necesita una equivalencia en español que exprese la metáfora que utiliza Némirovsky en el texto fuente para indicar que las orejas del niño no eran grandes solamente, sino que también tenían una forma saliente. En español tenemos la frase idiomática “orejas de soplillo”, y ésta es justamente la que utilizo en el texto meta para expresar la imagen que encontramos en el texto fuente. Por lo tanto, mi traducción es la siguiente: “El niño vestía un pequeño abrigo raído de muy mala calidad, una gorra, y de cada lado de su cabeza se veían dos grandes orejas de soplillo.”

Como podemos observar a través de estos ejemplos, el traductor tiene que tomar decisiones constantemente y justificárselas a sí mismo para llegar a una solución adecuada o satisfactoria al tratarse de problemas de traducción. Este proceso puede ser visto como una especie de negociación donde a veces ganamos

y a veces perdemos, pues las traducciones siempre tendrán como declara Anthea Bell, una pequeña distorsión: "In presenting a foreign text in English I would wish it to pass the language barrier as if seen through that perfectly clear, transparent pane of glass, but I'm well aware that a translation is more likely to resemble the pane with the slight distortions (Bell 59). Sin embargo, son muchas las traducciones que se leen como si fuera el texto fuente. Creo firmemente que éste es uno de los factores que determina la calidad de una traducción ya que el lector se pierde en el texto sin darse cuenta de estas pequeñas distorsiones a las que se refiere Bell.

Al hablar de calidad de una traducción, debemos mencionar que las traducciones al español de las obras de Némirovsky han sido recibidas con un entusiasmo excepcional. Digo las traducciones y no las novelas porque obviamente éstas son obras traducidas del francés, pero los lectores las leen como si fueran los textos originales. Entonces, mientras más se crea esta ilusión de transparencia, mejor se considera la traducción y paradójicamente, más invisible se vuelve el traductor. En realidad no quiero discutir este tema, sólo lo menciono para destacar el trabajo excepcional del traductor José Antonio Soriano Marco al traducir la obra *Suite Française*. Por ejemplo, existen reseñas y críticas de la novela en muchos periódicos hispanos así como blogs de lectores que descubrieron a la novelista hace sólo cuatro años. A continuación tenemos un ejemplo de tal aclamación:

*Suite francesa* viene, pues, nimbada de impronta trágica y así es probable que su sensacional recuperación, al cabo de tantos años,

parezca más categórica, por su sugerencia sentimental, que la calidad de la propia novela. Sin embargo, la magnitud de las partes concluidas que nos han llegado, arrancadas de un vasto proyecto en la línea de *Guerra y paz*, y el aliento panorámico, que rebasa la narración, poseen tan admirable intensidad que, aunque es forzoso deplorar su mutilación de lo que hubiera sido la creación ideada por Irène Némirovsky, el texto se nos aparece, no obstante, con perfección suficiente y a esa culminación debemos atenernos (Solano).

Como podemos apreciar, los lectores hispanohablantes han podido disfrutar de esta obra gracias a la labor del traductor. De igual manera, esta reseña revela un detalle importante sobre el trabajo del mismo pues la crítica ha podido captar “la intensidad” del relato y de la narración en la novela, a su vez calificándolos de “admirable”. Por lo tanto, podemos llegar a la conclusión que el traductor de *Suite Française* fue capaz de reproducir con mucha eficacia todo este tono característico de la novela. Sin embargo, no se hace referencia a la traducción o al traductor en dichas reseñas.

En conclusión, una lección valiosa que me llevo de esta experiencia de traducción es el no temerle al texto fuente. Como traductores sentimos una especie de responsabilidad hacia él, pues no nos queremos alejar de su semántica, y al mismo tiempo tenemos que encontrar una manera de expresar el mensaje en la lengua meta de una forma coherente. Según la profesora argentina Alicia María

Zorrilla, el proceso de traducción es un conjunto de tres artes: “el arte de traducir, el arte de redactar y el arte de corregir” (37). Fue precisamente el proceso de redacción el que me pareció más complicado debido a que es aquí donde radica el conflicto relacionado con el equilibrio entre el ‘qué’ y el ‘cómo’, es decir, una vez que entendemos el mensaje, ¿cómo lo comunicamos de tal forma que respete la eufonía de la lengua? Sin dudas, es la experiencia la que nos proporciona este confort en lo que se refiere a este paso en el complejo proceso de la traducción.

Finalmente, el haber traducido estos cuatro cuentos me ha permitido efectuar esta lectura profunda de la cual hablan muchos teóricos de traducción. No es lo mismo leer por placer que leer para traducir, ya que antes de efectuar una traducción tenemos que haber entendido hasta los detalles más mínimos para poder incluirlos en el texto meta y a la vez, debemos conocer el contexto hacia el cual se traduce. Este proyecto me ha proporcionado la oportunidad de adquirir un pequeño gusto de lo que es la traducción práctica. Después de leer varias teorías pensé que podría utilizar esta información para traducir mejor, y mientras que he podido adquirir una noción más clara de lo que es la traducción y de mi posición con relación al proceso de traducción, he llegado a la conclusión que la teoría explora precisamente la traducción en todas sus fases, pero la práctica de la traducción es algo muy diferente. Este proceso largo, lento y complejo fue el que pude experimentar al realizar esta tesis. Al traducir nos damos cuenta de la riqueza de los dos idiomas con los que trabajamos, de sus limitaciones y también de las nuestras como traductores. Antes de comenzar este proyecto pensé que un buen conocimiento de la lengua fuente era fundamental para poder traducir

adecuadamente. Mientras que esto es muy cierto, el traductor debe tener un conocimiento excelente tanto de la lengua fuente como de la lengua meta. Debemos sentirnos cómodos en los dos idiomas y tal vez cabe decir que un mejor conocimiento de la lengua meta equivale a una mejor traducción. No basta con saber un idioma, hay que dominarlo, apoderarse de él, utilizarlo apropiadamente; pues como dice Francisco de Quevedo y Villegas, “las palabras son como monedas, que una vale por muchas como muchas no valen por una” (Zorrilla 36); la clave está en dominarlas para poder producir traducciones excelentes.

## Un perfecto caballero

Los hombres jugaban al tarot en el salón de un café del pueblo. Era Domingo de Resurrección. Cada vez que se abría la puerta ante un nuevo concurrente de complexión gruesa y colorada con ropa de fiesta y zapatos nuevos que rechinaban al pisar los ladrillos resbaladizos del piso, entraba con él un soplo primaveral, frío, una tufarada de ese viento cortante y puro que viene de los montes del Morvan y el perfume de las lilas mojadas por la lluvia. Por delante, las ventanas se extendían exhibiendo, de un lado la calle gris y del otro un jardincito lleno de flores delicadas y húmedas; un pequeño ciruelo blanco temblaba bajo el cielo nublado. En las cocinas de las casas humildes las mujeres vocinglaban pues ya habían regresado de misa; la sopa se cocinaba sobre el fuego. Hablaban muy alto para cubrir con sus voces el crepitar de la mantequilla en la sartén. La cena para los hombres ya estaba lista pero éstos no se apresuraban a regresar. En el Hotel de los Viajeros, unos discutían sobre un partido aun inconcluso y otros contaban sus ganancias mientras pedían otra caña de vino tinto. Y así, con los codos sobre las mesas, las cartas tiradas frente a ellos, respirando el humo espeso de las pipas, moviendo lentamente los vasos entre sus manos duras cuyas grietas la tierra había penetrado haciendo surcos negros, cada cual saboreaba su descanso. Entre ellos había unos cuantos burgueses: el notario, el cobrador de impuestos, el alguacil, pero sobre todo granjeros ricos y comerciantes de ganado.

A esta hora las niñas del círculo recreativo juvenil salían de la iglesia; las mujeres mayores se dirigían hacia las granjas con sus baldes en mano. Ya se

estaban recogiendo las vacas; el aire olía a leche. El sol salió por un segundo y un rayo brilló a través de la lluvia, a través del polvo del salón formando una columna dorada sobre la mesa de billar. Las campanas sonaban. Algunos de los hombres más viejos y más respetables que no frecuentaban cafés sino que se quedaban en casa los domingos o acompañaban a sus esposas a la misa de vísperas salían de sus moradas dando pequeños pasos circunspectos. Por ahí pasó el antiguo instructor, luego el médico, luego Monsieur Mitaine, uno de los grandes terratenientes de la provincia. Así decían de él con mucho respeto: ¡a ese sí que no le falta nada!

Monsieur Mitaine poseía una linda casa blanca, grande, al lado del río y otras tres bellas propiedades.

Finalmente, el notario se había decidido a abandonar el juego de cartas pero se demoraba de pie bajo el dintel de la puerta con el sombrero puesto, el vientre apuntando hacia delante y el tabaco en la boca, satisfecho de sentir sobre su rostro ese rayo de sol tan fuerte y cálido al final de un día lluvioso. El notario tenía mejillas rosadas y redondas y unos pequeños ojos negros que brillaban como aceitunas nadando en aceite. Al ver a Monsieur Mitaine, éste lo saludó con mucha diligencia; sin detenerse, el viejo le hizo una seña con la mano y le dijo:

—Hasta luego.

Cuando ya estaba lejos, los amigos de Monsieur Cénard le preguntaron:

—¿Tiene usted algún asunto pendiente con Monsieur Mitaine?

El notario sonrió reticentemente con sus gruesos labios rosados para indicar que no quería decir ni sí ni no, y con una mueca de displicencia le recordó

a los demás que él estaba obligado a mantener discreción profesional; los hombres no insistieron más. Hablaron de la feria del día siguiente.

Pero Monsieur Mitaine seguía su camino respondiendo con gravedad a los saludos de la gente. Era viejo y flaco, vestido todo de gris, de figura digna, pálida, la gran nariz puntiaguda y reluciente. Su mirada afable se posaba en la gente con un aire de dulzura, de ingenuidad, de reserva apenas perceptible; ese es el pudor tímido de algunos viejos solitarios. Los hombres viejos, amargados o enfermos parecen haber sido sumergidos en un ácido que les corroe la piel y les rasga profundamente el rostro, o en un baño de leche que les deja la piel suave y blanda como la de un pescado cocinado en crema. El viejo Mitaine era uno de estos últimos. Caminaba lentamente y cuando uno se dirigía a él, antes de hablar, tosía un poco detrás de su mano cubierta por un guante de filadiz. Su voz era débil pero clara. Le gente lo respetaba mucho. “Es un hombre justo. Da a cada cual lo que merece,” decían. Lo consideraban ‘extranjero’ por ser el hijo de un fabricante de encajes de Douai. Ahí había pasado la mitad de su vida y partió después de la guerra del 14. Se había hecho rico gracias a una herencia. Hacía veinte años que vivía en el pueblo. Su casa y sus propiedades habían pertenecido a una tía suya oriunda de esa provincia. A pesar de todo, tuvieron que pasar cinco o seis años para que la gente se acostumbrara a él y, durante ese tiempo, había decidido mantenerse al margen, lejos de todos, solo. Una vez levantada la tácita interdicción que pesa sobre todos los forasteros, rehusó todo tipo de invitación; no hizo ni un solo amigo. Pero nadie nunca le reprochó nada. Al contrario. Eso no era más que una muestra de seriedad, un rasgo de carácter que inspiraba respeto;

mejor preferir el hogar a jugar a las cartas en casa del médico o ir de caza con el alcalde.

Monsieur Mitaine vivía con una solterona, su hermana. Hacía mucho tiempo que era viudo. Su único hijo se había establecido en Dijon hacía muchos años. Becado en un colegio de Nevers y luego estudiante en Paris, la gente del pueblo apenas lo conocía. Se decía que su padre había querido comprarle un cargo de notario en la ciudad vecina, pero que luego cambió de parecer. “Dijon tiene consideraciones de mayor importancia, pensaban, y Monsieur Mitaine quería lo mejor para su hijo.”

Monsieur Cénard experimentó un ligero sentimiento de curiosidad al entrar en la casa del viejo Mitaine. Nunca antes había estado ahí. Desde hacía tiempo se llamaba al médico muy frecuentemente a la residencia Mitaine; el viejo parecía estar muy débil y enfermo. Monsieur Cénard pensaba que todo esto se trataba de un testamento, y en su mente valoraba la sucesión de la que tendría que ocuparse en un futuro no muy lejano. Evaluó rápidamente el edificio austero y gris estilo imperio y el gran jardín al abrigo de sus altos muros. Monsieur Mitaine vivía en el centro del pueblo pero sólo ofrecía a los transeúntes la vista de sus postigos cerrados y de una puerta enrejada; esta parte de la casa estaba deshabitada pero él se oponía a rentarla. Compartía con su hermana el primer piso compuesto por grandes cuartos fríos. Monsieur Cénard tocó una puerta al azar y de pronto se encontró en la amplia cocina. Mademoiselle Mitaine estaba sola y se calentaba cerca del fuego. Era una persona débil y digna, de flequillo blanco y ondulado y, tal como su hermano, tenía un aire de candor tímido con un poco de

acritud, como una gata vieja y timorata que se acurruca en un rincón y parece pensar: “estos torpes me van a pisar las patas otra vez. Estas cosas sólo me ocurren a mí.” Ella le dijo a Monsieur Cénard que su hermano se había quedado dormido al entrar, y que ella no osaba despertarlo porque cuando uno le interrumpía el sueño súbitamente, éste sufría de taquicardias muy dolorosas, pero que sus cortas siestas no se prolongaban por más de quince minutos o media hora y que en seguida lo oiría llamarla. Mademoiselle Mitaine apuntó al reloj con su aguja de tejer.

—En cinco minutos, Monsieur Cénard. Mademoiselle suspiró: Yo lo encuentro muy mal, muy cansado. Se le ha metido en la cabeza que no le queda mucho tiempo. Él lo quiere consultar por lo de su testamento.

—Es una muy buena precaución, —dijo Monsieur Cénard.

En eso pensó que sus palabras no eran del todo... Se sonrojó y tosió.

—Eso nunca ha matado a nadie, —dijo con un tono alentador. Hace un mes me llamaron de Nevers para que fuera a una clínica donde un enfermo quería hacer su testamento. ¡Aquello fue un milagro: se recuperó casi enseguida! Su hermano no tiene más que un hijo, ¿no es cierto?

—Un hijo único, —dijo Mademoiselle Mitaine. En eso se llevó el pañuelo a los ojos y de pronto comenzó a llorar.

El notario, que no sabía que actitud adoptar, dejó escapar una pequeña risa nerviosa y en eso se sonrojó más todavía.

—Él quiere, —dijo Mademoiselle Mitaine secándose las lágrimas, quitarle una parte de su fortuna. Sólo quiere dejarle al pobre muchacho lo que la ley no le permite dar a los demás.

—La proporción legal, —murmuró maquinalmente el notario.

—Sí, y dejarme el resto a mí.

—Él le tiene mucho afecto a usted.

—Es evidente que ésta es una gran muestra de afecto y el dinero, como decía nuestro padre, siempre es bueno recibirlo, pero por otro lado, ¿qué va a pensar mi pobre sobrino? Me creará una intrigante. Se disgustará conmigo. El muchacho es tan honrado. Adora a su padre. Él ya me acusa de haberle echado leña al fuego después del desafortunado incidente de la caja fuerte. En fin Monsieur Cénard, aquí me tiene usted, muy angustiada, sinceramente afligida. Que mi hermano me deje algún recuerdo, la alegría de esta casa, por ejemplo, o una parte del mobiliario; yo no pido nada más, pero esto es demasiado. A mi edad uno no tiene tantas necesidades. Yo tengo un estómago de pajarito: sólo cenó una taza de leche. Lo único que me hace falta es afecto, —dijo en voz baja, y las lágrimas que se había secado comenzaron a correrle nuevamente.

—¿Usted no tiene más familia que su sobrino?

—No, no, nadie más. Mi hermano y yo nos quedamos huérfanos de madre desde muy pequeños. En cuanto a mi padre, no quiero hablar mal de los muertos pero era alguien difícil, oh, muy difícil, y si mi hermano no me hubiera recogido... Yo me apegué a mi sobrino como a un hijo. Su tía Héloïse... Me quería tanto, Monsieur Cénard, y ahora yo lo despojo de todo... Sobre todo ahora que no

es feliz. Se casó con una mujer sin fortuna alguna, siempre enferma, y tiene dos hijos pequeños.

—Él heredará de usted más tarde y usted podría, en cuanto tenga posesión de su legado, socorrerlo.

La señora se inclinó hacia Monsieur Cénard y le dijo al oído:

—Mi hermano quiere que yo meta todo a vitalicio.

—Eso está por verse, eso está por verse, —dijo el notario. No se preocupe a estas alturas, Mademoiselle. Monsieur Mitaine está viejo, cansado, pero él no va a morirse mañana, además un testamento es revocable. Sin duda su hijo lo ha herido. ¿Con su matrimonio, tal vez?

—No, no, es la historia de la caja fuerte.

—¡Ah! La historia de...

—Sí, doscientos mil francos desaparecieron de la caja fuerte de mi hermano y él acusó al pobre Gérard. Pero el muchacho no estaba solo en la casa. Un amigo suyo estaba pasando unas vacaciones con nosotros y vivía una vida... con una mala mujer de París, que por lo que me han dicho, era actriz de teatro; él se las arregló para desaparecer dos semanas después del incidente, ¡el malhechor! Mi sobrino no cometió más que un error: llevarse demasiado bien con esos dos. Hacían pequeños viajes a Dijon y a Nevers, tomaban el aperitivo juntos, iban al cine en la ciudad el sábado por la noche. Pero bueno, el muchacho se aburría. Apenas tenía veintidós años. Para mí que el parisino fue el ladrón. Mi sobrino es inocente. Pero su padre jamás le creyó. Ha ofendido al muchacho hasta más no poder tratándolo de ladrón, y eso es lo que carcome a mi pobre hermano, lo que lo

está matando. Esa es su desgracia. Gérard significaba todo para él y ahora lo quiere desheredar.

—Es un malentendido. Lo lamento mucho, —dijo el notario. El suave calor del fuego y las copitas de orujo del Hotel de los Viajeros lo aletargaban de una forma agradable.

En un sopor confuso el notario escuchaba a la señora que continuaba su relato, más bien que lo empezaba de nuevo apenas cambiando las palabras. Su vocecita monótona y débil fluía tan suavemente que al cabo de algunos minutos Monsieur Cénard cesó de escucharla. En la pared, un gran reloj tocó la media hora después de haber rugido, rezumbado y bramido por un buen rato. Detrás de la puerta, Monsieur Mitaine llamó:

—Hélöise... ¿Monsieur Cénard está ahí?

El notario se presentó a su cliente. Monsieur Mitaine reposaba en su cama pero se levantó y fue hasta su visitante. Se disculpó por haberlo mandado llamar en un día festivo pero él quería consultarlo sobre un asunto referente a una gestión que debía realizar lo más pronto posible.

—En los primeros días de la semana, —dijo, es muy urgente, muy urgente, se trata de mi testamento.

—¡Oh! No es tan urgente, —protestó Monsieur Cénard sonriendo. Cuando sonreía, se le hacían hoyuelos en sus gruesas mejillas peludas. Usted todavía no está en ese estado.

Era una frase que siempre decía en estas circunstancias, aún cuando aquel que lo había llamado estaba obviamente en un estado de agonía. Monsieur Mitaine no respondió y alcanzando un papel lo tomó entre sus manos temblorosas.

—Usted me dirá si está dentro de las normas legales. Sólo le daré el sentido general: “Este es mi testamento, hecho este domingo de Pascua de 1938, siendo yo el abajofirmante, sano física y mentalmente...”

—Permítame...

—Sí, sí, espere, —dijo Monsieur Mitaine que de repente parecía embargado de una prisa y una inquietud febriles. Sólo le daré el sentido general: “Yo, como abajofirmante... declaro no querer dejarle a mi hijo Gérard Mitaine, residente en Dijon, calle Charrue, número 2, que la parte de mi fortuna que la ley me impide disponer a mi voluntad debido a que mi hijo Gérard me ha herido profundamente.” Habiendo sido tratado por su padre con una gran ternura, —con una ternura infinita, —dijo en voz más baja Monsieur Mitaine dejando caer el papel que tenía y levantando hacia el notario los ojos rojos por el insomnio, la fiebre o el llanto, —con una indulgencia que a veces me reprocho, y él me ha recompensado con una actitud infausta. Me robó. Se aprovechó de un corto viaje que tuve que hacer a la capital, y todo por hacer algo que me pondría en peligro, se aprovechó de mi debilidad de haberle dejado la llave de la caja fuerte para abrirla y robarse doscientos mil francos en billetes de banco. Yo no me merecía eso. Yo no me merecía eso. Yo no le di más que buenos ejemplos. Jamás lo traté con aspereza ni fui severo con él. Jamás le hizo falta algo, ni para su educación, ni para placeres. ¿Por qué me hizo eso, por qué?

Ya no se dirigía a Monsieur Cénard: parecía repetir una interrogación formulada en su corazón después de mucho tiempo, para la cual nunca había conseguido una respuesta.

El notario dijo con vergüenza:

—Fue sin duda un impulso, las malas compañías. ¿Pero no había aquí... no oí yo decir que había un extraño en la casa el día del robo?

—No, no, ese sólo pudo haber sido mi hijo, desgraciadamente. ¡De eso estoy seguro!

—¿Entonces tiene usted las pruebas?

—A un extraño le hubiera dado miedo robarme. Mi hijo sabía que no arriesgaba nada, ya que la ley no condena el robo entre padres e hijos.

—¡Pero eso no es una prueba, Monsieur Mitaine!

—Un padre no se equivoca. Existen palabras, miradas, rubores más obvios que una confesión, Monsieur Cénard. Mi pobre hermana me dice que Gérard es inocente, pero eso no es más que para consolarme, como usted.

—Oh, yo, —dijo Monsieur Cénard con una mueca discreta indicando con un gesto de sus grandes brazos que él no tenía opinión en ese asunto. —Pero, —dijo de nuevo después de un instante de reflexión, ¿por qué insiste usted en precisar la...la causa del desacuerdo entre usted y su hijo? El testamento en sí ya es explícito al respecto. Él sabrá muy bien que lo ha herido al ver que una parte de su herencia le ha sido retirada.

—No, no, yo quiero que quede bien claro para que sus hijos no me juzguen más tarde, como otros lo han hecho.

Se interrumpió él mismo:

—Él pondrá a mis nietos en mi contra.

—Usted también los desfavorece a ellos.

—Yo jamás los he visto; ni los conozco. Mi hijo se casó sin consultarme.

Yo no tengo ningún afecto por esos niños, que además al crecer serán iguales a su padre. Es una ley, ¿vio?, ahora me doy cuenta, es la ley de Dios. Honrarás a tu padre y a tu madre. Los hijos de Gérard, ¡me parece verlos desde ahora!, —exclamó de repente el viejo con una voz ronca y extraña mientras un raudal de sangre le subía a sus mejillas pálidas. Claro que los veo de aquí a veinte años entrando en la casa de su padre, abriendo los armarios, registrando la caja fuerte, robándole, disponiendo de su herencia antes de que el padre muera. De una generación a otra, nada cambia, todo se repite.

Se quedó ensimismado por un momento, luego concluyó brevemente:

—Yo le ruego, Monsieur Cénard, que tome esta pequeña nota. Examine, piense y redacte esta acta para que todo se realice en el curso de la semana. Yo me siento muy cansado. Sólo podré descansar mejor cuando todo haya acabado.

—A partir del martes, si usted desea.

Apuntaron la fecha. Monsieur Cénard se fue. Esta visita lo había deprimido y no sabía por qué. Antes de regresar a casa pasó nuevamente por el Hotel de los Viajeros y se tomó dos grandes copas de vino *Beaujolais*. Poco a poco volvió a sonreírle a la vida; cenaría un delicioso lucio, pues tenía una buena cocinera.

Sin embargo Monsieur Mitaine había colocado el testamento con mucho cuidado en una gaveta de su mesita de noche. Era un hombre muy organizado. Sus papeles estaban clasificados en carpetas de colores etiquetados: impuestos, propiedades, papeles personales. Esta última contenía fotos de Gérard y su primera redacción: “Describa un día de primavera.” El viejo tomó en sus manos las fotos, una a una: Gérard a los dieciocho años, en París, con un bigotillo rubio del color de una pluma de polluelo que se lo había cortado un año más tarde; Gérard a los doce años, durante su primera comunión; Gérard a los cinco años con un calzoncillo demasiado largo y con el pelo bien corto, parecía triste y mal cuidado como un niño sin madre: la pobre mujer acababa de morir. Había sucedido en 1918. Todavía vivían en Douai en aquel entonces. Él había hecho todo lo posible por cuidar del pequeño y hacerlo feliz, sin embargo, ¿qué recompensa le daba el ingrato! Los hombres recuerdan el pasado por momentos, por instantes de melancolía que se borran rápidamente dejando el lugar a la actividad y las preocupaciones de cada día. Pero a la edad de Monsieur Mitaine, el pasado mismo era la vida. Lo volvía a visitar sin cesar, por triste y amargo que fuera, a veces valía más que el presente, esta soledad, el ruido del reloj en la enorme cocina, el choque de las agujas de tejer de Héloïse, el chisporroteo discreto del fuego en la estufa.

Monsieur Mitaine había nacido y crecido en Douai. Su padre fue un hombre duro, ávido, de mala moral. Él mismo, Joseph Mitaine, lo había detestado desde su infancia, ese padre que le pegaba, que le era infiel a su madre con una sirvienta o con obreras de la fábrica, ese padre grosero, vanidoso, deshonesto.

Desde niño había sido bueno, delicado, escrupuloso, educado. Fue un estudiante modelo, el consentido de los maestros, y aún ahora, a lo setenta y cuatro años, a veces se acordaba con un escalofrío de desespero la manera en la que sus compañeros le hicieron pagar su inteligencia. ¡Nunca fue feliz, el pobre Joseph! Bajó la cabeza sintiendo una melancolía profunda como esa que se siente en la vejez: uno ve que la vida ha acabado irremediablemente y que no fue muy buena. Se reían de él porque era tímido, tenía horror de pegarle a alguien y que le pegaran porque no decía malas palabras y se rehusaba fumar a escondidas. Conoció todas esas satisfacciones reservadas a los hombres honestos sobre esta tierra: paz de conciencia, estima personal, así como la de los demás, sí, todas esas satisfacciones... Por lo que resta... lo maltrataron de pequeño, lo engañaron y despojaron al llegar a la edad adulta. Su padre lo obligó a casarse muy joven; al cabo de diez meses le habían puesto los cuernos. Su mujer se había ido con un oficial. No quiso trabajar con su padre. Abrió una pequeña fábrica de cintas, pero su negocio no era muy próspero. Era ahorrativo, probo, discreto y diligente, pero no tenía suerte. Por orgullo se negaba a pedirle ayuda a su padre, se prohibía desearle la muerte pero todas las noches soñaba con que le anunciaban que había muerto, que lo llamaba el notario y que recibía una herencia. A veces el sueño estaba acompañado de detalles grotescos o impúdicos que lo atormentaban al despertarse. Se repetía a sí mismo con tristeza y confusión: “Como lo dijo de Maistre, yo no sé lo que pasa en el corazón de un canalla, pero conozco el corazón de un hombre honesto, y es terrible.”

Cuando murió su esposa, Monsieur Mitaine vaciló por mucho tiempo antes de volverse a casar. Deseaba un hogar, un hijo, pero su primera experiencia lo había vuelto muy aprensivo. Tenía una cara agradable pero se creía feo; era inteligente y culto pero una palurda de pueblo lo intimidaba. “Lo que me hace falta es una mujer rica, de buena reputación, de buena familia, que me impida comportarme como un tonto con falta de clase como suelo hacer, siempre considerándome secundario,” pensaba a veces después de una fiesta en un salón de Douai donde no había abierto la boca, tan invisible, tan perdido en su rincón que hasta la muchacha de la casa se había olvidado de servirle café. Terminó por casarse a los cuarenta y ocho años con una huérfana sin un centavo, muy joven, una simple maestra que acababa de llegar a Douai. ¡Cómo se amaron! Gérard heredó ese lindo rostro, esos ojos claros y profundos. El viejo Mitaine, solo en su cuarto, miraba melancólicamente los árboles de fruta en flor de su jardín y pensaba en su casa de Douai, en su joven esposa muerta ya hacía veinte años, en ese hijo que no se atrevía a desear y que nació casi en su vejez, en esos días de felicidad. Porque él fue feliz durante dos o tres años. Ese matrimonio, tonto a los ojos de los demás, a los suyos, le había devuelto la vida. Seguro de ser amado, ya no buscaba la simpatía de los demás, y éstos se la otorgaban sin reservas pues uno obtiene fácilmente lo que ha dejado de desear. No era rico, apenas llegaban a fin de mes, pero su mujer era una buena administradora. Los gustos de los dos eran modestos, y él se contentaba con lo que le tocaba. Le había dado lo mismo saber que su padre, después de viejo, había llevado a una mujer a vivir a su casa y que, aún en vida, quería dejarle toda su fortuna, a fin de despojar a sus herederos

legítimos Joseph y Héloïse, a quienes jamás había podido tolerar. Sí, verdaderamente todo eso le daba igual. Él sabía que él era un hombre honesto y prudente. Su vida pasaría sin brillo alguno, pero más tarde su hijo pensaría en él con orgullo y afecto. Desde hacía algún tiempo sus conciudadanos lo respetaban, lo señalaban como un modelo de probidad, recurrían a él para arreglar sus desacuerdos, aquellos que no tenían que ver con el dinero sino con el honor.

Luego vino la guerra del 1914. Monsieur Mitaine tenía cincuenta años. Su salud estaba muy frágil. Quiso alistarse en el ejército; no lo admitieron. Se quedó en Douai y fue entonces que comenzaron las desgracias. Unas semanas después de haber comenzado la guerra cayó en la ruina. Ya nadie compraba cintas. La fábrica cerró sus puertas esperando un momento más favorable. Al comienzo del año 1916, los Mitaine se encontraban en una situación casi desesperada. “Un hombre que se ahoga, pensaba el viejo sobre ese triste pasado, un hombre que nada tranquilamente durante un lindo día de verano y que de repente, preso en la tempestad, se hunde, grita en vano, lucha, desaparece.” Tenía frío y hambre en aquel pequeño alojamiento donde se había amparado con los suyos. Se había mantenido pudoroso en la miseria. Si pedía ayuda lo hacía con un tono tan distante y modesto que era más fácil rehusársele a él que a cualquier otro. No aceptaba dinero: lo que quería era trabajar pero no había nada para él. La gente lo recibía muy bien cuando venía a solicitar trabajo. Suspiraban: “mi pobre amigo, todos nosotros estamos en una situación desafortunada. Usted sabe, la guerra...” Pero en la miseria existen grados, y esta gente no se daba cuenta de

que poco a poco él estaba a punto de llegar al último escalón, después del cual sólo queda la muerte.

Se acordaba de aquellas cenas cada vez más insuficientes, cuando se levantaba de la mesa y pensaba: “¿cuántas veces más podremos comer?” Se acordaba de aquellas noches en las que acostado al lado de su mujer, los dos despiertos en la oscuridad simulaban estar dormidos, para que al menos el otro estuviera tranquilo, para que no sufriera. A veces sentía por momentos un tipo de estupor: “En fin... esto no es posible, algo me salvará... Es una locura. Nunca le he hecho daño a nadie, yo no me merezco esto...” Luego cesaba de pensar en sí mismo. Se consideraba perdido, cerca del fin de sus días y a su esposa también la abandonaba a su suerte. Pero quedaba Gérard. Fue entonces que su mujer se enfermó, y él tuvo que ocuparse del niño, bañarlo, vestirlo, darle de comer. Haciendo torpemente esta labor de mujer se apegó mucho más al pequeño, y a su amor de padre se unía un sentimiento carnal, lamentable y tierno que por momentos le roía el corazón. Sí, lo sentía casi de una manera física. Se despertaba por la noche y en su pecho algo le dolía, como si algún animal le hubiera comido la carne por dentro. Un día, al fin... Ese día, era invierno, hacía frío, la guerra. Salió de su casa y fue hasta donde vivía su padre. No sabía por qué se dirigía hacia allá. Su padre y la amante se habían ido de Douai precipitadamente durante los primeros días de la guerra y no habían podido regresar. Joseph vio los postigos cerrados, las paredes grises. Pensó tristemente: “si al menos yo tuviera una pequeña parte de lo que él tiene ahí dentro...” La plata sola valía... ¿Qué valía? Tuvo un escalofrío. Eso pertenecía a su padre. Él

hubiera podido pedirle ayuda (imaginaba el rechazo brutal del viejo ávido y duro), pero meterse en su casa sin permiso, apoderarse de... Robar. Eso era robo. Para otra conciencia menos escrupulosa esta acción hubiera sido aceptable, ¿quién sabe? Excusable, pero para él... Además, la puerta estaba bien cerrada. Sin embargo se acercó y tocó el timbre. Escuchó el sonido que hacía: estridente, largo, y de repente la puerta se abrió. Una mujer apareció. Era una antigua cocinera de su padre que vivía en la casa del lado. Ella tenía las llaves y a veces iba a hacer la limpieza. Monsieur Mitaine dijo, y sus palabras fueron cordiales, tranquilas y joviales:

—Ah, ¿es usted, mi querida Eugénie? Si yo hubiera sabido antes que usted tenía las llaves... Dejé unas cosas mías arriba. Sí, en el armario donde se guarda la plata, ahí se han quedado desde hace años, especialmente un tamborcito plateado que quería darle a mi niño.

Ese tamborcito él lo había vendido hacía dos semanas.

—¡Claro que sí! ¡Suba, Monsieur Joseph!

Ella lo acompañó haciendo las llaves tintinear.

—No es necesario, Eugénie. Yo puedo ir solo.

—¡Oh! Es para abrir los postigos.

La cocinera lo condujo hasta el despacho, abrió las persianas y la ventana.

—Déjeme las llaves. Yo se las devuelvo al bajar, —dijo él con una pequeña sonrisa.

—Claro que sí, Monsieur Joseph. Hay muchísimo polvo, pero yo no vengo más que una vez por semana para dar una limpiadita. Todo está tirado al

abandono. En fin, es una suerte que aún no hayamos tenido bombardeos en el vecindario.

—Sí, ¿no es verdad? Todavía no hemos sufrido lo suficiente, —dijo Monsieur Mitaine.

Al quedarse solo, con una habilidad extraordinaria, con gestos precisos y suaves que ni él mismo conocía en sí mismo, registró metódicamente las gavetas. Primero las cucharas: lo más pesado. No quiso tomar los cuchillos con mango de marfil. Hizo un paquete con los tenedores y los metió en el bolsillo de su chaqueta. ¡Que fuerte le latió el corazón cuando abrió un joyero y vio dos marcos dorados! Sus bolsillos estaban repletos: tomó una caja de sombreros vacía y la llenó de los objetos más variados; luego vio todo lo que quedaba, vestidos de la querida de su padre, pieles, cupones de telas que vestirían a Gérard. Todo le hacía falta, todo significaba una riqueza para él. Al ver un par de zapatos nuevos en un armario, los tomó.

—¿El señor encontró lo que buscaba? —dijo de pronto la cocinera que estaba detrás de él. Le faltaban algunos francos con los que debía pagar la cena del próximo día. No dudó ni un momento en tomarlos.

—Tenga, Eugénie... Sí, sí, ¡tómelo! Y... probablemente volveré mañana. Mire usted que curioso, hay muchas más cosas aquí que me pertenecen de lo que yo creía.

Se miraron en silencio por un segundo. Ella sabía que él mentía. Eugénie no ignoraba que él se había peleado con su padre y que no había puesto un pie en esa casa desde hacía diez años. En eso pensó: “¡Bah! ¡De aquí a que regrese el

viejo!” Entre el norte y el resto de Francia la guerra había erigido una barrera de llamas, de muerte. Ella comprendió que él le daría dinero cada vez que fuera. Sonrió.

—Venga cuando usted quiera.

Quizá no habría vuelto si los dos marcos hubieran sido realmente de oro, como había creído. Pero no tenían valor alguno. Sin embargo su despecho fue tal que al otro día se presentó en la casa de su padre con una maleta vacía donde disimuló su botín al partir. Tres días más tarde, regresó con una carretilla para llevarse pilas de sábanas, de toallas y toda la lencería íntima de la querida de su padre. Se quedó con seis lindos camisones para su mujer y el resto lo vendió. Poco a poco vació casi toda la casa de su padre. Su propia vivienda era pequeña pero con las lindas alfombras, figurillas, y las grandes cortinas de seda que la querida de su padre había comprado en Lyon, poco a poco se volvía agradable. Al fin, los Mitaine estaban a salvo. Lo único que le molestaba era su estado de ánimo. No sentía remordimientos, pero eso era natural: en fin, la fortuna de su padre debía haber sido suya según todas las leyes humanas y divinas. Además, la necesidad lo había empujado a cometer ese acto. No, lo que le impresionaba era el placer extraordinario que había sentido después de esa expedición. No era el placer de la venganza: ignoraba el rencor y se sentía tan moralmente superior a su padre que no podía odiarlo. ¡No! Como un hombre casto que habiendo al fin conocido a una mujer descubre los placeres exquisitos e impredecibles del desenfreno moral, como el hombre moderado que habiendo bebido en exceso una noche aprende a apreciar y a comparar los vinos finos, así también M. Mitaine

saboreaba el disimulo, la hipocresía, el hurto. Sensaciones profundas y agudas lo penetraban al escaparse de la casa de su padre por la noche, al palpar en su bolsillo algún objeto de los que se había robado (una tabaquera, un reloj, un anillo olvidado en algún secreter), al evaluar el valor y al esperar llegar a casa para examinar bajo una buena luz lo que había robado. Todo: el saludo de un amigo pasando por las calles de Douai mientras se daba prisa apretando contra su pecho algún plato de plata escondido, las transacciones sospechosas que exigían la venta de mercancía, la mirada cómplice de la cocinera; todo le divertía, le excitaba; todo esto le daba a su vida un sabor que nunca había tenido hasta ese momento.

Su mujer estaba enferma. Consumida por la tuberculosis, había alcanzado ese punto de la enfermedad donde el mundo exterior se vuelve tan irreal como un sueño. A ella no le interesaba la fuente de su nueva fortuna, jamás interrogaba a su marido, moría tranquilamente. Sí, al menos murió tranquila, pensaba Monsieur Mitaine y se acordaba de las visitas que había hecho al domicilio de su padre para buscar, para él mismo, ropa, lencería, una bata de casa cómoda y pantuflas. En esta ciudad ocupada, cercada por la batalla y en donde se carecía de lo necesario, M. Mitaine era el único que poseía lo superfluo.

Una vez terminada la guerra, se enteró de que su padre había muerto de una forma tan brutal, que no tuvo tiempo de favorecer a su amante con su testamento. Monsieur Mitaine era rico. Varios meses más tarde perdió a su esposa. Nunca más fue feliz, pero materialmente estaba realizado. Las herencias, algunas de las que jamás se había enterado, lo enriquecieron. Se fue de Douai con Gérard tan pronto como pudo y, habiendo recibido a Héloïse que había pasado los

cuatro años de la guerra en el Sur, se instaló en la ciudad donde aún residía. Raras veces pensaba en ese episodio de su pasado, pero él sabía perfectamente bien que todo eso lo había alterado como la levadura altera la masa. Era otra persona, enriquecida por una amarga experiencia. Había conocido una soledad moral tan oscura y tan dura que jamás se borraría de su memoria. Más tarde, su justicia, su caridad y bondad le dejaban siempre un gusto amargo, el rastro de un cierto reproche a los demás: “Yo no hubiera tenido semejante suerte”, pensaba cuando le brindaba su ayuda a algún pobre. Pero nada era evidente, como un veneno que intoxica el cuerpo poco a poco y no revela sus efectos mortales que hasta al cabo de varios meses o varios años después, igualmente su acción, mil veces justificada ante él mismo, le corrompía el alma. Había sido el más confiado de los hombres; ahora sospechaba de todos los móviles del prójimo. “Como yo lo hice, pensaba, ¿por qué no los otros?” Uno jamás debe escudriñar demasiado el propio corazón: eso perturba y asusta. Al menos Monsieur Mitaine se había quedado perturbado y asustado. La relación con su hijo se había deteriorado por este recuerdo. “Él me dice la verdad, pensaba mientras negaba alguna falta del joven: ¿por qué mentiría? Sí, pero por otro lado, ¿por qué no? Yo sí mentí.” Se acordaba de la casa campestre con sus grandes muebles cubiertos con fundas, el armario para la plata, la llave de la antigua cocinera, su mirada sospechosa, su sonrisa. “¿Y si no se hubiera tratado de mi padre sino de un extraño, y yo hubiera estado en la misma situación? ¿Qué me hubiera impedido robar? El temor a la ley y nada más. Entonces, si yo lo hice, ¿por qué no él también?” Otra vez esa noche, mientras su

hermana Héloïse entraba tímidamente en su cuarto para suplicarle, pidiéndole con lágrimas que recapacitara, que no acusara a Gérard, él le respondió:

—Mi querida hermana, tú no conoces a los hombres.

Se sentía tan débil que no quiso salir de su cuarto para cenar. Héloïse le sirvió la comida en una bandeja cerca de la cama; comía con desgano. A través de las anchas paredes se oía el ruido alegre en el pueblo. La noche estaba bella después de este día lluvioso. Ya casi caía el sol pero los jóvenes y las jovencitas todavía caminaban por la calle, los chicos de un lado y las muchachas del otro. Iban en grupos y sus risas y bromas se cruzaban en el aire que de pronto se volvía más suave. Ya no hacía viento. Los gatos corrían ligeros por el jardín, salvando de un salto los arriates con brotes de flores, nuevos y frescos.

—¿No vas a perdonar a Gérard?, —murmuró Héloïse.

Monsieur Mitaine sacudió la cabeza violentamente. No, él no lo perdonaría, lo había amado demasiado. Su padre sí había merecido que le hubieran robado, pero él no. Y que otro hubiera podido ser el culpable no le entraba en la cabeza. Tal vez esta severidad contra su hijo, este rigor que lo mataba era un tipo de castigo que se infligía a sí mismo, tal vez... Este pensamiento se acercaba al alma cansada de Monsieur Mitaine, la tocaba a veces como un pájaro que roza una ventana cerrada con la punta de su ala y que después se aleja. Se sentía muy viejo, muy dolido, muy triste.

Cayó en cama muy enfermo pocos días después de la firma del testamento. Había abusado de un narcótico prescrito por el doctor que guardaba en su mesita

de noche. Fue un error, naturalmente. Un hombre viejo, serio y rico no se suicida. Esperaban su muerte de un momento a otro.

Monsieur Cénard, como de costumbre, pasaba la noche en el Hotel de los Viajeros cuando un auto paró frente a la puerta. Un joven se bajó con una valija en la mano.

—Pero si es el hijo de Mitaine, —dijo la sirvienta con asombro.

Todos se sorprendieron al verlo entrar. ¿Entonces no vivía con su padre? El joven pidió una habitación.

—Me molestaba un poco su presencia, —contaba más tarde el ama del hotel. Me habían dicho que el padre no lo quería ver, pero yo no lo creía. La gente dice que el viejo le prohibió a Mademoiselle Héloïse avisarle al muchacho cuando se acercara el fin. Sí, sentí algo muy extraño cuando me dijo que pasaría la noche en el hotel.

En ese momento ella vaciló antes de hablarle de su padre.

Al fin terminó por decir con un suspiro:

—No lo esperábamos tan pronto, Monsieur... Todo esto es tan triste...

Cuando la sirvienta Hortense subió para preparar los cobertores y deslizar el calentacamas sobre las sábanas, encontró a Gérard Mitaine parado frente a la ventana. No se había quitado el abrigo ni desempacado la maleta. Había tirado los guantes sobre la mesa y miraba a través del cristal hacia la casa de su padre, de la cual sólo se veía el piso de arriba.

—¡Oh! ¡Qué triste se ve el muchacho!, —dijo Hortense al bajar a la cocina.

Monsieur Cénard sonrió con compasión y con la ironía involuntaria que uno siente hacia un desconocido cuando por azar uno se ha enterado de sus secretos más íntimos. ¡Así que este muchacho había desvalijado la caja fuerte de su padre, este joven moreno y delgado que parecía tan decente! ¿A no ser que hubiera pagado por el crimen de otro? En eso se dio unos golpecitos en el vientre con un gesto de placer.

“Uno ve muchas cosas extrañas en esta profesión,” pensó una vez más.

Sin embargo Gérard dejaba correr sus lágrimas detrás de la puerta cerrada bajo llave. Su tía lo había llamado la noche anterior para recomendarle que no tratara de ir a ver al viejo. “Tu padre no quiere verte. Dice que quiere morir solo, como vivió. Si cambia de parecer al último instante yo te lo haré saber, había dicho la tía, y si muere tu lo sabrás en el instante: yo apagaré la luz del cuarto de arriba.”

La lámpara brillaba todavía, visible a través de los postillos.

—Pobre papá, —dijo suavemente Gérard.

Lloró por el viejo y por sí mismo; era inocente. La querida de su amigo le había dado a beber de más y apoderándose de la llave de la caja fuerte, tomó el dinero que Monsieur Mitaine guardaba ahí. Pero el viejo nunca le creyó.

¡Qué extraño! Estaba resentido con su padre, sufría, pero el ser tan parecido a él lo llenaba de una especie de admiración amarga. Un hijo puede perdonarle todo a su padre si éste es fiel a la imagen que ha dado de sí mismo. Para Gérard, el viejo Mitaine era la personificación del honor. Casi lo comprendía y, esa noche perdonaba su rigor.

Esperó por mucho tiempo, aguardando en vano una llamada. De pronto, la luz se apagó.

## **Fraternidad**

Entró por un instante en la solitaria sala de espera de primera clase; los caloríferos estaban encendidos pero un soplo de aire frío subía del suelo a través de las finas tablas del parqué. Salió. La estación era muy pequeña, rodeada de espacios vacíos. Era un día de octubre, muy frío. El cielo aún tenía ese color rosado radiante pero breve, porque la hora de invierno estaba en vigor desde la noche anterior. Caminó hacia un banco al abrigo del tejadillo, vaciló, se sentó. Ahora se arrepentía de no haber escuchado a Florent su chofer, y no haber pasado la noche en la ciudad. El hotel no estaba tan sucio... Esperar en este andén tan solo, andar rodando hasta la noche en algún infame tren local... Llegaría a casa de los Sestres un poco después de las ocho. El auto no servía, destrozado por un choque contra un poste eléctrico. Ya no debía conducir. Estaba cansado. Tenía muy malos reflejos. Fue un milagro el que hubiera salido ileso. No había tenido tiempo de ver el peligro, la muerte. Después del accidente, se había acartonado tanto para lograr ocultarle a Florent el miedo del que tanto se avergonzaba, que consiguió dominar cualquier manifestación exterior de sus nervios. ¡Al menos eso esperaba! Ahora temblaba sin cesar...de frío tal vez.

Le temía al aire libre, al viento. Era un hombre flaco, endeble, encorvado. Tenía la cara estrecha, tirando a amarillenta; la piel seca, como si estuviera privada de alimentos, el pelo canoso. Su nariz era excesivamente larga y aguileña; sus labios, siempre secos, parecían marchitos por causa de una sed milenaria, por una fiebre transmitida de generación en generación. “Mi nariz, mi boca, los únicos rasgos típicamente judíos que he conservado.” Se llevó las

manos a sus orejas traslúcidas, delgadas, temblorosas como las de un gato; las presionó suavemente pues eran particularmente sensibles al frío. Se cerró aún más el cuello de su abrigo inglés de un admirable tejido de lana oscuro, espeso y suave. Estaba muy quieto. Este andén en esta estación desierta, estas luces a lo largo de los rieles, pálidas aún, apenas visibles sobre el fondo brillante y rojizo de la noche, esta soledad, esta tristeza poseían para él inexpresables encantos. Era uno de esos hombres que saboreaba con profunda y perversa aplicación la melancolía, el disgusto, la amargura. Era demasiado lúcido, “self-conscious”, se dijo, para poder creer en la felicidad. Miraba la hora con impaciencia. Apenas las cinco... Se llevó la mano al pecho, tocó el porta cigarrillos pero enseguida la bajó: fumaba demasiado; tenía taquicardia, insomnio. Suspiró. Casi nunca se enfermaba, pero sus sentidos agudos y maravillosamente adaptados al dolor estaban al acecho del más mínimo malestar, de cada movimiento de su cuerpo, del flujo de su sangre. Raramente se enfermaba pero tenía la garganta frágil, el hígado delicado, el corazón cansado, mala circulación. ¿Por qué? Siempre había sido sobrio, prudente, moderado en todas las cosas. ¡Ah! Tan prudente aún hasta en su juventud, aún hasta en esa época ilusa de inolvidable locura. Sin embargo no se arrepentía de aquellos tiempos. Tuvo una juventud fácil. No había sufrido más que los males naturales e inherentes a la condición humana: la muerte de sus padres, las decepciones amorosas o profesionales. Pero nada se comparaba al dolor que le causó la muerte de su esposa diez años atrás. Sabía que sus allegados se asombraban de su constante tristeza; de hecho, se había casado con Blanche sin estar enamorado y esa unión había sido tranquila y tibia; pero él era de la raza de

hombres fieles: una casa, su calor, la luz de las lámparas, esa sensación de estabilidad, de paz, en él y a su alrededor. Eso era lo que había buscado, eso era lo que había amado, lo que había perdido al perder a Blanche. Jamás tendría otra esposa. Él no era presa fácil para el amor. Demasiado reticente, demasiado desconfiado, demasiado tímido. “Cobarde”, pensó. Vivía como si todo a su alrededor conspirara para robarle la vida, la felicidad. Corazón contrito, humillado, perpetuamente temeroso, corazón huidizo... En fin, una hora más temprano sobre la vía, un instante más y todas sus inquietudes habrían concluido. “Yo siempre dije que el auto no valía para nada. Y el desayuno estuvo muy pesado. Yo estaba soñoliento, sin ánimo, con los nervios alterados.” ¿Qué había comido en particular? Faisán, una tortilla de hongos... ¿qué más? Un poco de queso Brie... “Es demasiado pesado para mí. Los huevos me hacen daño. ¡Ah! ¡Esta vida sedentaria, a mi edad! De enero hasta diciembre, apenas un mes al aire libre y el resto del tiempo el banco, la casa, los socios.” Pensó otra vez que enseguida que pudiera dejaría los negocios y pasaría más tiempo en el campo. La jardinería, el golf... ¿El golf? Creyó sentir el soplo cortante del viento sobre sus mejillas en un día como estos en un terreno de golf... ¡Sabía muy bien cuanto detestaba todo eso! Sabía de sobra que tampoco le gustaban las caminatas por el campo, ni el deporte, ni la equitación, ni andar en auto, ni la caza... No era feliz más que en su casa, solo o con sus hijos, al abrigo de un techo, al abrigo de seres humanos. No le gustaba la gente. No le gustaba el mundo. Sin embargo siempre había sido bien recibido en todas partes, con mucha amabilidad y benevolencia. En su juventud muchas mujeres encantadoras lo quisieron... ¿Por qué? ¿Por qué?

Siempre le había parecido que nunca le demostraban suficiente afecto, suficiente ternura. ¡Como había hecho sufrir a Blanche al comienzo del matrimonio! ¿Eres feliz? No solamente con todo tu corazón, ¿pero con todos tus sentidos? ¿Te hago feliz? ¿Completamente? ¿Únicamente? Corazón temeroso, insatisfecho. Y lo más extraño era que a los ojos de los demás parecía tan frío, tan tranquilo. A veces pensaba que sólo una belleza descomunal, la gloria o una inteligencia extraordinaria lo hubieran podido contentar o saciar esa sed de amor. Pero no tenía ningún don extraordinario. No obstante era rico, bien establecido en la vida, feliz. ¿Feliz? ¿Pero cómo ser feliz sin la tranquilidad absoluta? ¿Y quién podía estar tranquilo en días como éstos? El mundo era tan inestable. Mañana bien podría conocer el desastre, la ruina, la pobreza. Jamás había sido pobre. Su padre había sido un hombre muy acomodado. Nunca conoció la necesidad ni el temor del mañana. Sin embargo esta agonía siempre se había alojado en él, siempre, siempre, tomando las formas más singulares, las más... grotescas. Se despertaba en medio de la noche, temblando, con la aprehensión de que algo iba a pasar o que había pasado, que todo le sería quitado, que la vida era tan inestable como un telón oscilante listo para desprenderse y revelar algún abismo desconocido.

Cuando comenzó la guerra pensó que era eso lo que había sentido. Fue soldado, un soldado concienzudo, cumplidor eficiente de su deber, paciente, como en todo lo que hacía. Al cabo de unos meses lo dieron de baja; su corazón estaba débil. Después de la guerra, la vida había sido fácil, los negocios, de maravilla. Pero siempre albergaba esa aprehensión, esa inquietud latente que envenenaba su vida. Esa angustia. La mala salud primero, después los hijos. ¡Ah! Los hijos.

Su hija mayor estaba casada. ¿Era feliz? No lo sabía. Nunca nadie le decía nada. Y la crisis, los impuestos siempre altos, los negocios difíciles, poco después desastrosos. ¿La incertidumbre política...? Era una de esas personas que en cada discurso de tal o cual dictador veía la guerra; no para el mes próximo o el año siguiente, pero para mañana, súbitamente. No obstante, de palabra jamás se abandonaba al pánico, como hacen los burgueses ricos, sus hermanos. Pero otra vez era muy extraño: los otros, aunque profetizaban los peores desastres, mantenían una apariencia saludable, de buen humor, no perdían ni una hora de sueño, ni un bocado. Sólo él se consumía interiormente, se quemaba la sangre, como dice la gente. Sólo él parecía creer que la desgracia lo esperaba, a él personalmente, mientras que para los demás el infortunio no era más que un fantasma sin forma, una sombra. Ellos lo evocaban sin cesar sin creerle. ¡Sólo él! Y a su alrededor decían: “¿Christian Rabinovitch? El hombre más tranquilo del mundo.”

El viento se sentía helado por momentos. Esta partida de caza en la residencia de los Sestres le era, de antemano, odiosa. Pero no podía dejar de ver a su hijo Jean-Claude y a la pequeña de los Sestres. Suspiró profundamente. Era un rasgo de su carácter el nunca admitirse enseguida el verdadero mal, la herida real. Así, durante sus largos insomnios, cuando le preocupaba un negocio se quedaba despierto por horas con el corazón agitado, pensando en tal o cual reunión desagradable, en algún viaje aburrido. Detestaba las estaciones, los puertos, los paquebotes. No tenerse que mover, vivir y morir en el mismo lugar de la tierra. Después por la mañana, al fin, una invisible barrera al fondo de su

corazón parecía romperse y la verdadera flota de angustia afloraba, subía de nuevo a la superficie, ahogándole. Así... ahora... todo provenía de su hijo y todo regresaba a él. ¡Cómo lo amaba! Amaba a sus dos hijas, la mayor, casada, madre, y la menor todavía con vestidos de jovencita. Pero este hijo... Y sin embargo le había dado más tristezas que alegrías; tan desenfadado, inquieto, insatisfecho, de estudios brillantes, pronto abandonados. ¿Frívolo? No. Insatisfecho, eso era... insatisfecho. Ahora estaba enamorado. Quería casarse con la hija del conde de Sestres. ¡Ah, que difícil! Su raza... “No será feliz, lo presiento, no será feliz.” Y sobre todo, ¿estaría de acuerdo Sestres? Afrentar a su hijo Jean Claude, ¿a sí mismo? ¡Ya se le oprimía el corazón y sin embargo se cortaría las dos manos para impedir el matrimonio! No serán felices, Jean-Claude y esa muchacha. Jamás se comprenderían profundamente, realmente. Serían dos en una sola carne pero cada uno guardaría para sí un corazón solitario, insatisfecho. ¿Pero él qué podía hacer? Sabía muy bien que no lo escucharían. Ya sus hijos lo consideraban como un ser de otros tiempos, un vejete. Ya formaba parte de la raza de los hombres que envejecen rápido. No, más bien que nacen maduros antes de tiempo, cargados de experiencia. Ah, ¿por qué Jean Claude se quería casar? ¿No era feliz? ¡No hay ni un instante de paz sobre esta tierra!

Miró la hora. Había pensado tanto, soñado tanto y sin embargo apenas habían pasado veinte minutos. Qué otoño tan triste, qué noche tan triste... Fue entonces que vio a un hombre sentado a su lado en el mismo banco, un hombre mal vestido, flaco, mal rasurado, con las manos sucias. Cuidaba a un niño que

fascinado por los rieles, se acercaba a ellos a cada instante. El niño vestía un pequeño abrigo raído de muy mala calidad, una gorra, y de cada lado de su cabeza se veían dos grandes orejas de soplillo. De las mangas demasiado cortas colgaban muñecas y manos rojizas. Los movimientos del niño eran enérgicos. Volvió la vista hacia el banco. Esos ojos grandes de un negro líquido llenaban su cara delgada y parecían saltar de un objeto a otro. El niño dio un paso al frente y aunque la vía estaba perfectamente libre, el hombre que lo miraba con ansiedad se abalanzó sobre él, lo tomó en sus brazos y regresó a sentarse, abrazándolo muy fuerte contra su pecho. Entonces vio que los ojos del señor tan bien vestido descendieron hacia el niño y enseguida sonrió con timidez.

—¿Podría preguntarle qué hora es?

Hablaba con un acento extranjero, ronco, que deformaba sus palabras.

Rabinovitch, sin decir nada le mostró el gran reloj justo encima de ellos.

—¡Ah, sí! Perdón... ¿no son más que las cinco y veinte? ¡Dios mío, Dios mío! El tren no pasa hasta las seis y treinta y ocho. Disculpe..., ¿usted también espera el tren de París?

—No.

Christian se levantó; el hombre murmuró enseguida:

—Señor, si usted fuera tan amable... Es por el niño. Ha estado muy enfermo y la sala de espera de tercera clase no tiene calefacción. Permítanos seguirlo a la sala de primera. Si nosotros entramos con usted seguramente nos dejarán esperar allí.

Hablaba con gestos excesivamente rápidos, casi simiescos. No sólo le temblaban los labios sino también las manos, los pliegues de la cara, los hombros. Sus ojos negros, febriles y saltones como los del niño parecían brincar de un objeto a otro, desviarse, buscar con inquietud alguna cosa que no podían ver, que no verían jamás.

—Si usted quiere, —dijo Rabinovitch con desgano.

—¡Oh! Gracias, señor, muchas gracias...Ven, Iacha. Tomó al niño de una mano y con la otra tomó el maletín de Christian, aunque este se negó, un poco molesto.

—Déjelo, no se moleste.

—Pero claro que sí, señor, ¿qué más da?

Entraron en la sala de espera de primera clase donde había un candil de tres mecheros que difundía una luz pálida y tenue. Christian se sentó en una de las butacas de terciopelo y el hombre, con temor, se sentó sobre el borde de una banqueta sosteniendo al niño sobre sus piernas.

Un timbre melancólico y tembloroso tintineaba interminablemente en el silencio.

—¿Su hijo estuvo enfermo? —preguntó al fin Christian un tanto distraído.

—Es mi nieto, señor, —dijo el hombre mirando al niño. Mi hijo se acaba de ir. Lo acompañé hasta el barco. Se va a vivir a Inglaterra, a Liverpool. Le prometieron un empleo pero mientras tanto me dejó al pequeño.

El hombre dejó escapar un suspiro profundo.

—El vivía en Alemania. Durante cuatro años lo pude tener conmigo en París. Ahora de nuevo, la separación...

—Inglaterra, —dijo Christian sonriendo, no está tan lejos.

—Para nosotros, señor, Inglaterra, España o América es la misma cosa. Hace falta dinero para el viaje, hace falta el pasaporte, la visa, el permiso de trabajo. Es una larga separación.

Se quedó quieto por un momento; era evidente que sus palabras calmaban su dolor. Enseguida continuó:

—¿Usted me preguntaba si el niño había estado enfermo? ¡Oh! Él es muy resistente pero se acatarró demasiado fácil y, bueno, la tos le dura meses. Pero él es fuerte. Todos los Rabinovitch son fuertes...

Christian hizo un movimiento.

—¿Como se llama usted?

—Yo me llamo igual que usted.

—¡Ah!... ¿Kid? —dijo el hombre lentamente.

Dijo otras palabras en Yiddish. Christian se repuso y murmuró ásperamente.

—No entiendo.

El hombre alzó los hombros despacio, revelando una inimitable expresión de incredulidad, de una burla casi afectuosa, casi tierna, como si pensara: “si quiere jugar al fanfarrón, es muy su gusto... ¡Llamarse Rabinovitch y no entender el Yiddish!”

—¿Un judío? —repitió en francés. ¿Hace cuanto tiempo se fue?

—¿Qué hace cuanto tiempo me fui?

—Pues sí, ¿de Rusia, de Crimea, de Ucrania?

—Yo nací aquí.

—Ah! ¿Entonces fue su padre?

—Mi padre era francés.

—Entonces fue antes de su padre. Todos los Rabinovitch vienen de allá.

—Es posible, —dijo Christian con indiferencia.

En ese momento la breve emoción que había sentido al oír su nombre pronunciado por este hombre se había borrado. Se sentía afligido. ¿Qué había en común entre ese pobre judío y él?

—¿Usted conoce Inglaterra, señor? Sí, naturalmente. ¿Y esa ciudad donde mis hijos van a vivir, Liverpool?

—He pasado por ahí.

—¿El clima es bueno?

—Claro que sí.

El hombre exhaló un suspiro fuerte y prolongado acabando en un ay-ay-ay... quejumbroso. Luego apretó al niño entre sus rodillas.

Christian lo miró con embargada atención. ¿Qué edad tenía este hombre? Entre cuarenta y sesenta años, ¿era todo lo que uno hubiera podido decir! Sin dudas no más de cincuenta años, como él mismo. Su pecho estrecho parecía comprimido, hundido por causa de una carga pesada e invisible que hubiera encorvado y estirado sus hombros hacia delante; por momentos era semejante a un clamor fortuito, se hacía muy pequeño, su cuerpo desaparecía contra el banco;

y sin embargo tan frágil, tan delgado; parecía dotado de una vitalidad inagotable. Así como una vela encendida en el viento apenas protegida por el cristal de un farol, su llama choca contra el cristal, su luz parpadea, pálida, casi a punto de apagarse pero el viento cesa y esta brilla nuevamente, humilde y tenaz.

—Yo me preocupo tanto, —dijo el hombre en voz baja. Uno pasa la vida preocupándose. Yo tuve siete hijos. Cinco están muertos. Todos nacen fuertes pero tienen un punto débil, el pecho. Yo crié dos, dos varones. ¡Como los amaba! Eran la niña de mis ojos. ¿Usted tiene hijos, señor? ¿Sí? ¡Ah! mire. Yo lo veo y no puedo impedir compararme a usted. De algún modo, eso consuela. Usted es rico, debe tener un buen negocio, pero si tiene hijos usted me comprende. Uno les da todo y nunca están contentos. Es la naturaleza del judío. Mi hijo menor... A los quince años comenzó a decirme: “Papá, yo no quiero ser sastre... Papá, yo quiero estudiar.” ¡Piense usted si era fácil en esos tiempos en Rusia! “Papá, yo quiero irme. ¿Y qué quieres ahora, tormento mío? Papá, quiero irme a Palestina. Solamente allá el judío puede vivir con dignidad. Allá está la patria del judío. Eh!, le dije, Salomón, yo te respeto, tú has estudiado, tú estás más instruido que tu padre. Ve, pero debes saber que aquí puedes tener un trabajo cómodo, un trabajo de señor, tú puedes ser dentista o comerciante un día. Allá tendrás que desbrozar la tierra como un campesino. En Palestina jamás podrás darte el lujo de atrapar todos los arenques dispersos en el mar, le dije, y regresarlos al vientre de su madre. El día en que tú puedas hacer eso, entonces Palestina podrá llamarse la patria del judío. De aquí a allá... Pero ve, anda... si tú crees que eso te hará feliz.”

En fin, se fue... se casó: “Papá, envíame dinero para la boda... Papá envíame dinero para el nacimiento del niño. Papá, envíame dinero para pagar el médico, las deudas, el alquiler.” Un día comenzó a escupir sangre. El trabajo era demasiado duro. Luego murió. Ahora sólo me queda el mayor, el padre de aquel. El también, apenas cumplió la mayoría de edad me dejó. Fue a Constantinopla, luego a Alemania. Comenzó a ganarse la vida. Era fotógrafo. ¡Y llega Hitler! Yo me había ido de Rusia porque al llegar la revolución, ¡mire lo que es la suerte del judío!, por primera vez en mi vida había ganado un poco de dinero. Tuve miedo, me fui. La vida vale más que la fortuna. Hace quince años que vivo en París, y eso durará lo que dure... Y mire, ahora mi hijo en Inglaterra. ¿Dónde no arroja Dios al judío? ¡Señor, si solamente uno pudiera estar tranquilo! Pero nunca, nunca puede uno estar en paz. Apenas ha ganado uno con el sudor de su frente un poco de pan duro, cuatro paredes y un techo sobre su cabeza cuando comienza una guerra, una revolución, un pogromo u otra cosa, y adiós. Recoja sus cosas y lárguese. Vaya a vivir a otra ciudad, a otro país. Aprenda un nuevo idioma, a su edad uno no se desanima, ¿eh? Tal vez no, pero uno sí se cansa. A veces me digo: “Tú descansarás cuando te mueras. Hasta entonces, ¡vive tu vida de perro! Ya tendrás tiempo de descansar. En fin, ¡Dios es el que manda!

—¿Y usted a qué se dedica? —preguntó Christian.

—¿A qué me dedico? A un poco de todo, naturalmente. Por el momento trabajo en la confección de sombreros; siempre y cuando tenga mi permiso de trabajo, ¿no? Cuando me lo quiten entonces venderé esto, aquello, la peletería al por mayor, aparatos automáticos, lo que se presente. Yo vivo porque vendo a

precios muy bajos. Dichosos aquéllos que nacieron aquí. Mire, al verlo a usted, ¡a qué riqueza uno puede llegar! Y sin dudas su abuelo vino de Odessa o de Berdichev, como yo. Era un hombre pobre... Los ricos, los dichosos no se iban, ¡usted que cree! Sí, era un hombre pobre. Y usted... Un día quizás, aquel...

Miró tiernamente al niño que escuchaba sin decir nada, la cara invadida de tics nerviosos, los ojos brillantes.

Christian dijo con desgano:

—Creo que escucho mi tren.

El hombre se levantó en seguida.

—Sí, señor. Permítame ayudarle. No llame al portero. ¿De qué sirve? Claro que sí, señor, no es nada. Iacha, ven acá. ¡No te alejes. ¡Este niño nunca se está quieto! Hay que cruzar la vía.

El tren no llegó hasta diez minutos más tarde. Christian caminaba silenciosamente a lo largo del andén, el hombre detrás de él, con la maleta en la mano. Los dos se quedaron callados pero a pesar de ellos mismos, Christian y el judío se miraban al pasar bajo los faroles y Christian pensaba con un sentir extraño y triste que era así como mejor se comprendían. Sí, así... sin palabras, sólo en una mirada, en un movimiento de hombros, en un gesto nervioso de labios.

Al fin se oyó el silbido del tren.

—Suba tranquilamente, señor. No se preocupe por su maleta. Yo se la voy a pasar por la ventanilla, —dijo el judío alzando la chaqueta inglesa en su funda de piel de ante.

Christian le pasó una moneda de veinte francos. El hombre la metió en el bolsillo con urgencia y vergüenza, se despidió, tomó la mano del niño; el tren se iba. Christian apartó la mirada enseguida, entró en su compartimento vacío y con un suspiro arrojó el maletín junto con la chaqueta, se sentó. Afuera, la noche estaba muy oscura. La pequeña lámpara del fondo apenas alumbraba; le era imposible leer. El tren pasaba por el campo oscuro, el cielo estaba frío, casi invernal. Serían cerca de las ocho cuando llegara a casa de los Sestres. Pensaba en ese viejo judío parado en ese andén gélido con el niño de la mano. ¡Miserable criatura! ¿Sería posible que él fuera de la misma raza que ese hombre? Nuevamente pensó: ¿qué tenemos en común ese hombre y yo? Entre ese hombre y yo existe la misma semejanza que entre los Sestres y sus sirvientes. Lo contrario es imposible, grotesco. Un abismo, un precipicio de diferencia es lo que hay entre él y yo. Él me conmueve porque es pintoresco, por ser un testigo de tiempos lejanos. Sí, he ahí cómo y porqué me conmueve, porque está lejos, bien lejos de mí... No tenemos nada en común, absolutamente nada.

Esto lo repetía en voz baja, como si quisiera persuadir a algún interlocutor invisible:

—Nada, ¿verdad? Nada...

Sentía un asombro indignado. Desde luego, no había nada en común entre él y ese... ese Rabinovitch (hizo un gesto de molestia sin querer).

“Por mi educación, por mi cultura, yo me parezco más a un hombre como Sestres; por mis hábitos, mis gustos, mi vida. Yo estoy más lejos de ese judío que de un vendedor de lentes oriental. Tres, cuatro generaciones han pasado. Yo soy

otro hombre. No solamente moralmente, pero físicamente. Mi nariz, mi boca... eso no es nada. Sólo el alma importa. ¡Sí, el alma es lo único que importa!”

Él no se daba cuenta, pero con un movimiento lento y extraño, perdido en su ensueño se balanceaba suavemente sobre el asiento, de atrás hacia adelante, al ritmo del vagón; su cuerpo descubría en los momentos de cansancio o malestar el contorneo con el que se habían mecido, mucho antes que él, generaciones de rabinos inclinados ante el libro santo, cambistas de monedas de oro y sastres apoyados sobre sus mesas. Alzó las manos y se vio en el cristal. Suspiró, se pasó la mano suavemente por la frente. Súbitamente se dio cuenta: “Es de esto que sufro... Esto es lo que estoy pagando en mi cuerpo, en mi alma. Siglos de miseria, de enfermedad, de opresión... miles de pobres huesos débiles y cansados formaron los míos.

En ese instante se acordó de tal o cual amigo que a la edad de la jubilación, del golf y de la vida en el campo se estaba muriendo sin uno saber bien por qué. Estaban incómodos en la riqueza, en el descanso. La vieja levadura de preocupaciones se fermentaba en su sangre envenenándolo. Sí, al menos él estaba a salvo por el momento del exilio, de la pobreza, de la necesidad, pero la marca era indeleble. Sin embargo no, no. Era una infamia, imposible. Él era un burgués francés, rico, y no otra cosa. ¿Y sus hijos? Ah... sus hijos. “Ellos serán más felices que yo, se dijo con una esperanza ardiente, profunda; ¡ellos serán felices!”

Escuchaba el golpe retumbante de las ruedas sobre el campo dormido. Poco a poco se calmaba. Al fin llegó.

El tren paró en la pequeña terminal de Texin que daba hacia el castillo de los Sestres. Había mandado un mensaje con su chofer para anunciar su llegada. Tres de sus amigos lo estaban esperando: Louis Geoffroy, Robert de Sestres y Jean Sicard. Al verlo enseguida lo rodearon.

—¡Mi pobre viejo! ¡Pero esto es terrible! ¡Este viaje te hubiera podido matar!

Caminaba entre ellos, les respondía sonriendo; todos hablaban el mismo idioma, estaban vestidos de la misma manera, tenían los mismos hábitos, los mismos gustos. A medida que avanzaba hacia el auto que los esperaba, rodeado por ellos se sentía más tranquilo, más feliz. La impresión dolorosa provocada por el encuentro con ese judío poco a poco se disipaba. Sólo su cuerpo que temblaba de frío a pesar de las abrigadoras ropas inglesas y sus nervios dolorosos reconocían la vieja herencia. Robert de Sestres respiró profundamente.

—¡Hace un clima excelente!

—Sí, ¿verdad?, —dijo Christian. ¿No es cierto?

—Un poco frío, pero tan agradable...

Con mucho disimulo se cubrió las orejas heladas y subió al carro.

## **El sortilegio**

Si los recuerdos de la infancia tienen poder propio es porque estos contienen un poco de misterio. Los sucesos y personajes del pasado parecen tener un fondo falso; uno creía conocerlos pero muchos años más tarde nos damos cuenta que estábamos equivocados. Aquello que parecía tan simple se esconde detrás de sombras y secretos. Y al contrario, lo que antes nos intrigaba se reduce a anécdotas de herencias o de adulterios. Y es que la ignorancia y el despiste de los niños crean un mundo oculto a medias. Es por eso quizás que ese universo permanece en la memoria con colores tan frescos.

Cuando yo tenía ocho años, en la ciudad de Ucrania donde yo nací, vivía una familia a la que yo visitaba muy a menudo con una tía muy joven. El señor de la casa era un militar jubilado. No me acuerdo ni de su grado ni de su nombre pero la casa, los muebles y las caras me parece poder verlas todavía.

Este hogar se encontraba lejos del nuestro; nosotros vivíamos en el centro de la ciudad y ellos en las afueras. Para llegar hasta allá era casi una travesía. Me acuerdo de los viejos muros color café, de los techos de hierro corroídos por la herrumbre y de un número infinito de goteras. La primera vez que fui allá era un día de primavera. La nieve se derretía y se escurría sonando como monedas de plata cayendo unas sobre otras, y ese ruido vivaz y alegre rodeaba toda la casa con su resplandor de chispas, con su rápido susurro corriendo sobre el adoquinado. Entré. Me sentía muy tímida y dejaba que me llevaran de un lado para otro. Una niña llamada Nina me tomó de la mano. Más tarde llegaría a ser mi amiga. Yo estaba de pie en el vestíbulo mientras mi tía deshacía los lazos de los chales que

me protegían del frío. La niña me miraba sonriente; tenía una boca grande y ojos negros.

—Ve al cuarto de los niños, —dijo mi tía que estaba ansiosa por quedarse sola con la hermana de Nina para hablar de sus enamorados.

Mi tía y esa joven tenían veinte años. Mi tía era bonita, de piel suave, era esbelta y no tenía más juicio que una flor. La hermana de Nina era una joven alta, pálida y delgada, con un perfil muy fino y afilado, los ojos verdes, tan lindos por su forma alargada y su color parecido al de la hierba que uno no podía dejar de contemplarlos. Nina me hizo atravesar el salón. ¡Jamás había visto una casa tan vieja! Los cuartos eran numerosos, todos muy pequeños. Para ir de uno a otro uno subía y descendía escalones desiguales hechos de ladrillos, casi siempre desencajados, tambaleantes. ¡Era muy divertido! El desorden y el deterioro se percibían por todos lados y al mismo tiempo era el hogar más acogedor y animado que jamás haya visto. Había polvo por todas partes, telas de araña, pequeñas butacas cojas y antiguos baúles abultados en todos los rincones. La casa tenía un fuerte olor a tabaco, a lana mojada y a moho por causa de la humedad. Las paredes del cuarto de niños estaban grises y húmedas.

—¿A usted no le preocupa la salud de Nina? —decía mi niñera.

La mamá de mi amiga encogía sus suaves y pesados hombros.

—No. ¿Qué vamos a hacer? Los niños se encuentran bien. Dios es el que envía las enfermedades y la salud, estimada señorita.

Era muy cierto que Nina nunca se enfermaba. Corría descalza sobre los pisos fríos y en el jardín mojado; comía lo que quería, se acostaba después de

media noche; era muy bonita y robusta. A veces sucedía que yo me quedaba uno o dos días en esa casa: estaba lloviendo y yo podría resfriarme al regresar por la noche, o el viento soplaba anunciando una tormenta; todos los pretextos eran buenos para mi tía y para mí. Yo con mucho gusto aceptaba fingir un dolor de garganta o una fatiga cuando nos era necesario. ¡Era una delicia vivir en esa casa! Yo dormía en el cuarto de Nina. Ella y yo nos levantábamos al romper el día y echábamos a correr por la casa adormilada. Nos aseábamos poco, a veces nada. Cuando las personas mayores no jugaban a las cartas o no dormían, arreglaban la casa. Las visitas surgían a toda hora: para el desayuno, para el almuerzo, para el té, a media noche, a cualquier hora. Los amigos se dormían en los canapés. Alrededor del medio día uno encontraba muchachos despeinados rondando por los pasillos en pijama presentándose así:

—Yo soy un amigo de su hijo.

—Buenos días, bienvenido, —se les respondía.

La mesa nunca estaba recogida; siempre se cocinaban platos pesados como piedras, pero eran estupendos. Algunos invitados ya habían llegado al postre mientras que otros a penas comenzaban con la sopa. Los sirvientes descalzos corrían sin cesar del comedor a la despensa llevando y trayendo platos. Entonces, de pronto alguien exclamaba:

—Me encantaría comer algo ligero...

—Claro que sí, no hay nada más sencillo, —respondía la dueña de la casa de un aire afable; y de nuevo aparecían los pasteles, una torta de huevos, una tasa de chocolate, leche para los niños. ¿Otro plato de borscht? Y nuevamente uno

empezaba a comer rodeado del humo de tabaco mientras que en la misma habitación se reanudaba un partido de whist y el sonido de un piano y un violín llegaba del salón de al lado.

—Pero, ¿esta gente nunca trabaja?, —decía Mademoiselle quien por ser extranjera tenía ideas muy particulares sobre la vida.

Pero estos rusos esperaban recibir el pan de cada día del zar, de sus tierras, de Dios. Él era quien daba la fortuna y la pobreza, así como la salud y la enfermedad. ¿De qué sirve preocuparse?

Sofía Andreyevna, la mamá de mi amiga, me parecía vieja; no debía de haber pasado los cuarenta pero no le gustaba maquillarse ni ponerse corsés. Era robusta, rubia, ajada, mullida, blanca como la crema y cuando me atraía hacia ella para darme un beso al saludarme, yo inhalaba en su cuello un olor que me recordaba al de los pasteles finos:

—azahar, vainilla, azúcar.

El señor de la casa era muy alto y flaco; pero quizá por causa de su estatura no me acuerdo de sus rasgos. Hubiera tenido que echar la cabeza hacia atrás para poderlo ver bien, pero no me interesaba lo suficiente. Vivía bastante separado de su familia. A veces hacía que le llevaran la comida al cuarto en una bandeja. Cuando él me veía me tomaba de la mejilla con su mano grande y fría. Había conocido a Chejov íntimamente; ya no se ni por qué me acuerdo de eso, se lo oí decir a los adultos un día. Sobre su tocador había un cofre con las cartas del escritor. Había mandado que las quemaran después de su muerte. Estaba enfermo y sabía que estaba desahuciado. Fue por esta razón que se jubiló.

—Pero, ¿por qué quemar las cartas de Chejov? Estas pertenecen a la posteridad, —dijo delante de mí un joven.

Él le dirigió una mirada sombría.

—Pisotear un alma con sus zapatones, eso es lo que les gusta. No, todo lo que es valioso debe permanecer secreto.

En esta casa vivían amigos, parientes pobres, viejas niñeras; un estudiante había venido hacía diez años atrás para hacer trabajar a los hermanos de Nina y Lola (así se llamaba la hermana mayor de mi amiga). Sólo debía quedarse por un mes: jamás se fue y todavía era estudiante. No tenía su propio cuarto; por grande que fuera la vieja residencia ya estaba llena. Desde hacía diez años dormía sobre dos sillas en la antesala y eso no sorprendía a nadie.

Cerca del samovar, el segundo cuarto al lado del de la dueña de la casa estaba reservado para una tal Klavdia Alexandrovna, una amiga de infancia de Sofía Andreyevna. A mí me parecía una mujer pálida, de esas que parecen no tener edad; pero un día la vi arreglándose. Sucedió en el jardín.

—En esta casa, —decía Mademoiselle, uno duerme en la sala, pero come en el cuarto y se arregla en las escaleras.

Cuando había tormentas recogíamos el agua de lluvia en baldes y todas las mujeres de la casa se lavaban el cabello al aire libre y se lo dejaban secar al sol; fue así que vi los cabellos de Klavdia Alexandrovna. Eran un manto de oro. Me quedé inmóvil, admirándolos. Los cabellos le caían hasta las corvas y su color deslumbrante brillaba en la luz. Sofía Andreyevna también estaba ahí, recostada sobre una silla de jardín de mimbre. Tenía puesto un albornoz lila, entreabierto

sobre su pecho profundo color crema. Al sorprender mi mirada se echó a reír. Cuando reía, su quijada temblaba ligeramente. Sofía tenía un aire bonachón, dulce y sabio.

—Si tú la hubieras visto hace veinte años, —me dijo apuntando hacia su amiga; era joven, se recogía el cabello en dos grandes trenzas doradas, y al inclinar un poco la cabeza hacia atrás podía pisarlas con los talones.

Sofía suspiró y se volvió hacia mademoiselle.

—La vida es más simple de lo que uno cree. Cuando Klavdia y yo éramos jóvenes, a las dos nos gustaba el mismo hombre y él tenía... sí, él tenía predilección por ella a causa de sus cabellos y de su linda figura; pero desgraciadamente ella no poseía ninguna dote. ¿Qué se hace cuando Dios te niega la fortuna? Los padres de ese joven no querían saber nada acerca de ese matrimonio. Hubo disputas, lágrimas; la madre vino a hablar con Klavdia y le dijo: “Piensa en la felicidad de mi hijo. ¡Esfúmate! ¡Sacrificate!” Ella apeló a los buenos sentimientos de la joven que había criado. Todo fue en vano. Entonces nos llamó a los tres una noche y nos dijo que iba a morir, y ordenó que su hijo se casara conmigo y que Kavdia renunciara a ese amor, pero no sin antes hacernos jurar a los dos, delante de Dios, que jamás abandonáramos a la huérfana, que ella viviría bajo nuestro techo. Y fue así como todo eso acabó. Yo me casé con aquel joven. Tú lo conoces; es mi marido. Hicimos el juramento al pie del lecho de la moribunda y Klavdia con nosotros, encontró un hogar.

Vi a Klavdia Alexandrovna volverse hacia su amiga. Las lágrimas le corrían por el rostro. En eso se las secó y dijo con gran ternura:

—Tú eres mi bienhechora, Sonia. Tú sabes que yo daría mi vida por ti y por tus hijos. Yo tuve una vida muy feliz. ¿Qué hubiera sido de mí? Sin refugio, sin pan, condenada quizás a dar clases para poder vivir. ¡Ah! ¡Cómo me gustaría pagarte un día todo el bien que haz hecho por mí!

Ahora lloraban las dos. Klavdia tomó la mano de Sofía y le dio un beso. Sofía abrazó a Klavdia fuertemente e hizo la señal de la cruz sobre su frente.

—¡Dios te proteja! Tú me ayudas a mantener la casa en orden.

Efectivamente, cuando traían los pasteles a la mesa, Sofía Andreyevna tomaba el cuchillo de plata con un profundo suspiro y lo introducía en el centro del hojaldre cremoso, pero como el esfuerzo le parecía demasiado grande, empujaba el plato hacia Klavdia quien al terminar la labor decía a los invitados:

—Coman. No han comido nada. Por favor, coman...

Y cuando uno se servía ella exclamaba:

—¡Salud!

Como cuando uno estornuda. Es la costumbre rusa.

Klavdia Alexandrovna también tenía otros talentos: podía leer las cartas, conocía todo tipo de supersticiones y ritos extraños... La noche antes de la Epifanía deslizaba espejos bajo las almohadas de las jóvenes porque en sus sueños estas verían al hombre de su vida. Esta misma noche ella se encerraría en un cuarto con Lola y mi tía y echarían cera ardiente en un balde con agua: la cera tomaría la forma tosca de anillos, de coronas, de rublos, de cruces prediciendo el futuro. A veces ella les enseñaba a girar las mesas; se colocaba un platito sobre una hoja de papel cubierta de letras, de signos y de cifras. Se ponía la punta de

los dedos sobre el borde del plato y este rodaba sobre la mesa formando palabras y frases, resbalaba tan rápido que a veces había que sostenerlo con las dos manos para que no cayera al suelo. Las más pequeñas como Nina y yo asistíamos a esas sesiones y jamás pude descubrir su secreto. Klavdia recitaba encantamientos, de esos que están dirigidos a los muertos, de los que hacen que hasta los rayos huyan, decía ella. Hoy me pregunto hasta qué punto ella creía en todo aquello, pero a nuestro parecer había terminado por rodearse de una especie de encanto misterioso. La respetábamos; ella atraía a la juventud. A su edad, en la posición de pariente pobre y dependiente de los demás, ella hubiera podido ser muy desdichada, pero no, no había diversión sin Klavdia.

—Ella tiene un sortilegio para atraer el amor, —le decía Lola a mi tía.

—Ella tiene un sortilegio para atraer el amor, —repetía la pequeña Nina, imitando a los mayores, aunque el amor no le interesara mucho a sus ocho años.

Y sólo yo, a quien mi educación en parte francesa había preservado de todo lo fantástico, respondía con escepticismo:

—¡Tú crees! Si es verdad que ella tiene un secreto para el amor, ¿entonces por qué no está casada?

Imagínense cuantas veces las chicas no habían lisonjeado a Klavdia para que les revelara el secreto del sortilegio, pero ella les decía moviendo la cabeza:

—Más tarde, pequeñas, más tarde.

Era invierno. El jardín estaba enterrado bajo una capa de nieve profunda. Un farol encendido sobre la escalinata alumbraba las ramas bajas de los árboles, blancas, suaves y brillantes.

Los perros entraban cubiertos de nieve. En la sala se jugaba a las cartas, se tomaba té y se tocaba música. Yo me acuerdo de una lámpara alta sobre una base de bronce con la pantalla roja. Klavdia tiraba las cartas, un gran chal de seda con flecos cubriéndole los hombros. El chal era casi del mismo color que la pantalla de la lámpara y que mis ojos irritados de sueño, porque en mi casa yo no acostumbraba acostarme tan tarde. La sala se convertía en un lugar oscuro, algo aterrador, en donde ardían dos llamas. Yo me quedaba medio dormida, luego me despertaba y jugaba a hurtadillas con esa seda carmesí poniéndola entre mis ojos y la luz. ¡El aire se impregnaba de un color delicioso de frambuesa y vino!

Sin embargo, Klavdia murmuraba en voz baja mientras barajaba las cartas:

—Lo que está en el pensamiento, lo que está en el corazón, lo que pasa en el hogar, lo que fue, lo que será...

Otro familiar de la casa era aquel a quien llamábamos el doctor, un hombre delgado y rubio con la cara adornada de una barba corta, pelirroja y puntiaguda que se acariciaba de manera distraída. Tenía una mirada particular, atrayente: sus largos párpados estaban siempre entreabiertos y la expresión en sus ojos era pensativa, irónica y triste al mismo tiempo.

Me pregunto cuando era que visitaba a sus enfermos. Uno lo veía en casa de mis amigos a toda hora del día y de la noche. Uno lo veía hasta más a menudo que al dueño de la casa, cuyo lugar en la mesa quedaba vacío frecuentemente. Nina le decía al doctor “mi tío” o “tío Sergio”, aunque no hubiera ningún parentesco entre ellos. Eso yo lo sabía. Él era un viejo amigo de la familia y además los niños rusos le dicen “tío” y “tía” a las personas mayores que visitan la

casa de sus padres. Y claro, la presencia constante del doctor cerca de Sofía Andreyevna, sus largas conversaciones, sus silencios... nada de esto me hubiera parecido sospechoso sino hubiera sido por las risas ahogadas de mi tía cuando hablaba de ellos y las cejas fruncidas de Mademoiselle indicándome discretamente con la quijada que me estuviera tranquila.

—A ver, ya basta, es ridículo.

¡Pobre Mademoiselle! Sentía curiosidad, a la vez un sentimiento de escándalo y sobre todo, asombro. Esa mujer madura andando todo el día con una bata semiabierta, ese hombre cortés y silencioso absorbido en sus ensueños no eran los típicos héroes de un adulterio, pensaba. Y por otra parte, ¡este marido tan obviamente enterado de todo y resignado! ¡Ah, las niñeras parisinas, el horario de cinco a siete y todo ese atavío pimpante y ligero, cómo les gustaban los amores civilizados! Mademoiselle, la más virtuosa de las mujeres buscaba descripciones en las novelas de Paul Bourget, como cuando uno escucha las melodías de su tierra en el exilio. Esta gente, esa comarca rusa, eran salvajes. Además, Yo creo que mi tía y Mademoiselle estaban equivocadas y que el doctor nunca tuvo ninguna relación con Sofía Andreyevna. Sí, es cierto que esa gente era salvaje. Por indolencia quizás, por realismo o por frialdad de temperamento o por otras razones, ellos podían contentarse perfectamente con un amor platónico, pero que hubo amoríos entre Sofía Andreyevna y el doctor, eso está muy claro. Hasta una niña como yo una vez despertada su curiosidad lo reconocía. La voz de Sofía se volvía quebradiza, más aguda y más vibrante cuando divisaba al doctor. En el campo, la costumbre rusa era besar la mano de la dueña de la casa después de la

comida y luego ésta colocaba ligeramente sus labios sobre la cabeza del hombre inclinado. Cuando el doctor se acercaba a Sofía, ella lo miraba... ¡Oh! Yo no puedo describir esa mirada... Una ternura inexpresable se ligaba a un arrepentimiento que yo podía percibir sin comprenderlo. Pero ella no lo besaba, sólo sonreía y él se apartaba. Mi tía observaba el tejemaneje con mucha curiosidad mientras que Lola parecía no ver nada; sus magníficos ojos verdes permanecían alegres e indiferentes.

Pasó el invierno, vino la primavera. ¡Qué linda es la primavera en este país! Las calles estaban bordeadas de jardines y el aire olía a tilo, a lilas; una dulce humedad se elevaba de todas esas hierbas, de esos árboles apretados los unos contra los otros despidiendo su perfume de azúcar en la noche. El sol se extinguía lentamente. El calor era tórrido en los lugares descubiertos. Las tormentas en mayo eran muy frecuentes. ¡Qué delicia era correr después por el jardín mojado! Nina se quitaba zapatos y medias y pisaba la hierba empapada. Luego sacudíamos las ramas de celinda y el agua brotaba a chorros sobre nuestro cabello.

A veces la tormenta estallaba durante la noche y entonces salíamos a correr sobre el adoquinado para ver los relámpagos sulfurosos que iluminaban de pronto el jardín. Una vez estábamos en el umbral de la sala, a media luz, la lluvia había cesado pero todavía se podía oír el suave rugido de los truenos que se alejaban huyendo hacia el Dniéper. En eso oí a mi tía decirle a Klavdia:

—¿No dijiste que el sortilegio surtía efecto durante una noche después de una tormenta en el mes de mayo?

Las jovencitas y todos los jóvenes que estaban ahí rodearon a Klavdia sonriendo, suplicándole que llevara a cabo el sortilegio. Sofía Andreyevna se había quedado en la sala, pero el doctor vino con nosotros.

—Todavía falta que aparezca la luna, —exclamó Lola. ¡Miren, ahí está!

Un rayo de luna se escabullía entre las nubes.

—También hace falta un río o un manantial, —dijo Klavdia.

Alguien exclamó:

—¡Hay un riachuelo al fondo del jardín!

—Pero todavía está seco.

—No después de una tormenta como ésta.

—Y bien..., —comenzó Klavdia Alexandrovna...

No la dejamos terminar. Todos la empujaron y nosotras las pequeñas, naturalmente, corríamos detrás de los demás con gritos agudos.

En el jardín, la oscuridad era muy densa. Nos deslizábamos por la hierba mojada, nos sosteníamos de los troncos de los árboles; las niñas reían. El riachuelo corría por un claro en el bosque. Las nubes a veces cubrían la luna; a veces la descubrían.

—Hay que esperar que brille en todo su esplendor, —dijo Klavdia.

Se arrodilló al borde del riachuelo. Yo estaba muy cerca de ella, observándola con curiosidad. Su rostro lucía preocupado, inquieto, sus narinas apretadas; sin duda se estaba tomando su propio juego muy en serio.

—Observen pequeñas, éste es el sortilegio, —dijo mientras las últimas nubes se disipaban y un claro de luna casi verde flotaba suavemente sobre nosotros,

—Observen bien.

En eso se quitó del dedo un anillito que siempre tenía puesto y que yo le había visto muy a menudo. El anillo era modesto: un aro de plata adornado con una piedra del Cáucaso de color rojo oscuro. Klavdia la movía de modo que un rayo de luna cayó sobre ella, y de pronto dispersó destellos opacos. Vaciló por un instante, luego murmuró algunas palabras que yo no pude oír y, tres veces sumergió rápidamente el anillo en el riachuelo quebrando tres veces el reflejo de la luna. Una ranita croaba sobre la hierba y otras le respondían. Yo vi como Lola se estremeció bruscamente.

—¡Ay! Cómo chillan esas ranas... Me dan miedo. ¿Es ese tu sortilegio, Klavdia? Dame el anillo, yo quiero probar también. ¿Pero cuáles son las palabras de nuevo?

Klavdia le susurró algo al oído; Lola tomó el anillo repitiendo el encantamiento, primero tan bajo que nadie la escuchaba y luego cediendo a los ruegos de mi tía repitió en voz alta:

*Flor de tilo, avena loca y negra mandrágora*

*Tres veces, tres veces, tres veces,*

*Felicidad, yo te rechazo,*

*Inocente alegría, yo te rechazo,*

*Que una ciega pasión me una para siempre a...*

Lola se detuvo.

—¿A quién, Klavdia? —dijo sonriendo.

Klavdia respondió con una voz fría y extraña:

—¡Oh! A quien tú quieras. Tú sabes bien que esto no es más que un juego. Escoge a cualquiera. Por ejemplo, alguien que tú jamás puedas amar... al doctor.

Lola se detuvo por un momento, todos se detuvieron reteniendo la respiración. El doctor tiró bruscamente al agua el cigarrillo que tenía en la mano.

—¿Qué hace? —exclamó Klavdia con un tono agudo casi a punto de llorar, le faltaba el fuego a la magia. El agua, el fuego, el claro de luna, los tres elementos indispensables.

—¡Termina el encantamiento, Lola!

Después de un silencio, la voz de la joven se elevó nuevamente:

—Que una ciega pasión me una para siempre a Sergio.

—Acércate y ponle el anillo, —ordenó Klavdia.

Sergio la empujó ligeramente.

—Déjame tranquilo, Lola.

Pero Nina y yo, como poseídas por el demonio danzábamos alrededor de la pareja.

—Sí, sí, tío Sergio, deja que te ponga el anillo. ¿Le tienes miedo al sortilegio? ¿Le tienes miedo a la hechicería, tío Sergio?

Sergio alzó los hombros y acercó la mano. El anillo era por supuesto demasiado pequeño. Sin embargo Lola consiguió deslizárselo hasta la última

falange del dedo anular y enseguida el doctor se lo arrancó como si una llama lo hubiera quemado.

—¡Oh! Dámelo a mí ahora. Déjame usarlo a mí también, —exclamó mi tía.

Pero Klavdia respondió con una voz ahogada:

—Es inútil. El sortilegio sólo surte efecto una sola vez.

Después de esta escena, Klavdia jamás se prestó para participar en ningún otro juego mágico. Pero nosotros no habíamos olvidado el encantamiento y, diez veces por día, Nina y yo sumergíamos en el riachuelo anillos tejidos con brizna de paja mientras repetíamos muertas de risa:

—Flor de tilo, avena loca y negra mandrágora...

Y luego:

—Que una ciega pasión me una para siempre a...

Y terminábamos mencionando los nombres más extravagantes: el viejo Stépan, el jardinero, Ivan Ivanitch, mi maestro de matemáticas o Jouk, el perro negro.

Pero un día Lola nos oyó, se abalanzó hacia nosotras y tomó a Nina por los hombros.

—¡Te lo prohíbo, me escuchas mocosa! ¡Te lo prohíbo!

Lola tartamudeaba, su rostro estaba convulsionado. Tomó a su hermana de las orejas y rompió en llanto. Nina se quedó quieta y con los ojos bien abiertos de asombro me preguntó una vez que Lola se había ido:

—¿Se ha vuelto loca? ¿Qué le pasa?

Yo no tenía la menor idea y por lo tanto propuse jugar a las escondidas. El tiempo pasó. Ya no me acuerdo si fueron dos meses, seis o más.

Una noche Nina y yo necesitábamos tela para hacerle unos vestidos a las muñecas. Siempre tomábamos tela de Klavdia Alexandrovna. Entré a su cuarto corriendo y la vi de pie frente a la ventana con las manos cruzadas sobre el pecho mirando hacia el jardín oscuro. Las lámparas no estaban encendidas. Sobre el canapé vi a Lola y al tío Sergio sentados uno junto al otro, pero sin hablarse. Lola hacía sin cesar un movimiento con la mano echándose hacia atrás una mecha de pelo que le caía sobre los ojos.

Al verme en su cuarto, Klavdia parecía loca de rabia, últimamente tenía arranques inexplicables de furor.

—¿Qué vienes hacer aquí? ¡Vete! —exclamó dando golpes en el piso con el pie. ¿Acaso uno entra en un cuarto sin tocar?

Yo sí había tocado a la puerta pero ellos no me habían oído. Traté de decírselo y en eso Lola se levantó:

—Déjala, Klavdia, —dijo.

Lola encendió la lámpara. Yo vi como caminaba tambaleándose un poco, como cuando uno se despierta bruscamente durante la noche. Sobre su cuello desnudo Lola tenía una marca roja. Yo la miré detenidamente: uno podría decir que parecía una mordida, pero como yo no quería otro regaño, me quedé callada y me fui del cuarto. Detrás de mí, de un tirón cerraron la puerta con llave.

Después de eso no me acuerdo de nada más hasta la noche en que estábamos todos reunidos en la sala como de costumbre. Sofia Andreyevna, el tío

Sergio y otros amigos jugaban a las cartas. Klavdia, sentada al piano, nos hacía repetir a Nina y a mí una pieza a cuatro manos. De pronto se abrió la puerta y apareció Lola. ¡Qué pálida estaba! Atravesó la sala y se detuvo frente a la mesa de los jugadores, los miró por unos instantes sin decir nada y al fin se dirigió a su mamá:

—Voy a casa de una amiga.

Eran las nueve de la noche. Su mamá no se opuso, no le preguntó el nombre de esta amiga ni cuando regresaría. Les dije que en esa casa todos hacían lo que bien les parecía. Sofía respondió con toda la calma del mundo:

—Está bien, ve con Dios.

Esas palabras tan simples (pues la fórmula en ruso es banal) provocaron en Lola una impresión extraordinaria. Lola cruzaba y descruzaba las manos con ansiedad, nos miraba a todos con angustia. Nadie se dio cuenta de nada. La pieza a cuatro manos había terminado. Klavdia tocaba algunos compases del Alegre Labrador; luego, sin hacer transición alguna comenzó a tocar una melodía tan dulce y tan voluptuosa que daban ganas de llorar, de reír, de esconderse en un rincón oscuro y quedarse ahí, escuchándola sin moverse durante toda la noche. Lola salió de la pieza. Un poco más tarde el tío Sergio soltó las cartas.

—Tengo que atender a un enfermo esta noche, —dijo.

El doctor se inclinó ante Sofía Andreyevna y sostuvo largamente bajo sus labios la mano que Sofía le tendía y se marchó. Klavdia Alexandrovna dejó de tocar y se fue para su cuarto.

La ida del tío Sergio había desconcertado a los otros jugadores de whist. Poco después, Sofía se quedó sola en la sala y comenzó a jugar un solitario. Mademoiselle, sentada en frente de ella muy derecha en su butaca con su austero vestido negro, su pequeño cuello blanco y la larga cadena de oro sobre su pecho delgado, bordaba un pañuelo fino. Luego oí a Sofía Andreyevna decir:

—... Así es la juventud, mi buena Mademoiselle. Uno espera, uno busca, uno se equivoca, uno llora, uno se consuela... ¿Y cómo los puede ayudar uno? Los padres no pueden hacer otra cosa que rezarle a Dios.

—Ayúdame, que Dios te ayudará, —dijo Mademoiselle.

Esa noche yo estaba durmiendo con Nina. Me desperté con el ruido de pasos, de puertas golpeando. Abrí los ojos. Apenas amanecía. Me volví a dormir.

Al día siguiente Nina y yo nos habíamos propuesto construir una choza de ramas al fondo del jardín. Salimos de la casa muy temprano sin haber visto a nadie, llevábamos nuestro almuerzo con nosotras. Cerca del mediodía, al regresar contentas y despeinadas, la primera persona que vi fue a Mademoiselle.

—Te he estado buscando por todas partes, —dijo. Vámonos para adentro.

—¡Pero cómo! ¿Tan temprano? ¿Por qué?

Mademoiselle no respondió y me llevó hasta el vestíbulo. Por la puerta abierta vi a Sofía Andreyevna sentada en una butaca con la cabeza inclinada hacia atrás. Lágrimas corrían sobre su cara pálida y consumida; tenía una carta abierta sobre las rodillas. Luego escuché reír a Klavdia Alexandrovna de pronto: era una

risa aguda, falsa y convulsiva que terminaba en sollozos e imprecaciones. Sofía se había enderezado:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritaba Klavdia desesperada.

Mademoiselle, que siempre llevaba consigo un pequeño frasco con sales inglesas (cuántas veces no me había divertido desenroscando la tapa plateada y respirando ese olor que me hacía estornudar), se acercó rápidamente a Klavdia y yo, naturalmente contentísima de la oportunidad, la seguí.

Klavdia sacudía los brazos en el aire, la crisis no era fingida; al menos yo no lo creo. Parecía ahogarse y repetía desconsoladamente:

—¡Es mi culpa! ¡Es mi culpa! ¡Qué Dios me castigue!

—Pero, ¿qué podías hacer tú, querida amiga? —le decía Sofía acariciándole el cabello. ¿Qué podías haber visto tú donde una madre no vio nada ni se dio cuenta de nada?

Klavdia repetía:

—¡Es mi culpa, sólo mía!

Y:

—¡Me moriré por eso!

Sin embargo Mademoiselle, después de haberle dado a respirar las sales, la había dejado, y de pie a su lado la contemplaba con frialdad.

—Temo por ella, —dijo Sofía a Mademoiselle.

—En su lugar, Madame, —respondió Mademoiselle, yo no me preocuparía.

—¡Ah! Tal devoción, tal corazón... Este dolor la va a matar... como a mí,  
—alcanzó a decir con una voz quebradiza.

En eso vi a Nina en el vestíbulo que me hacía señas por la puerta entreabierta. Yo la alcancé en el vestíbulo y le pregunté:

—¿Qué está pasando?

—Yo no sé, —me dijo en voz baja. No entiendo. Parece que Lola se fue con el tío Sergio. ¿Quizás se van a casar? No entiendo porque mamá está llorando. Yo estaría muy contenta.

Las dos discutimos un rato y acabamos por estar de acuerdo: Sofía estaba enojada porque esto se había hecho en secreto, sin haberla consultado. Luego, puesto que sinceramente toda esta historia no nos interesaba en lo más mínimo y que no sentíamos pena alguna, aprovechamos el barullo de la situación para ejecutar nuestro plan que había madurado hace tiempo y había sido postergado indefinidamente. Nina y yo queríamos escabullirnos hacia la cocina y hacer algunos cambios: meter el azúcar en el recipiente de la sal, el carbón en la hielera y a la gata con los gatitos en una gran olla.

—La cocinera levantará la tapa y los gatos le saltarán a la cara, meterá el pescado en la hielera y le saldrá bien prieto. Pensará que le han hecho un hechizo. Ella siempre está acusando a Klavdia de hacer brujería.

Eso me hizo recordar de pronto el sortilegio del fuego, del agua y del claro de luna. En aquella ocasión no dije nada, pero en el tranvía que nos llevaba a casa un poco más tarde a Mademoiselle y a mí, me acerqué a ella y le susurré al oído:

—Yo se por qué Klavdia Alexandrovna estaba en semejante estado.

—¿Por qué? —preguntó Mademoiselle, demasiado curiosa sin duda para contestarme como solía hacerlo siempre... “Irène, tu te inmiscuyes demasiado en los asuntos de las personas mayores.”

Yo le conté el episodio del juego mágico al borde del riachuelo después de la tormenta.

—¿Es verdad, Mademoiselle? ¿Klavdia les hizo un sortilegio a Lola y al tío Sergio?

—No, esas son sólo tonterías.

—¿Entonces por qué hasta ese entonces Lola y el tío Sergio no se gustaban?

—¿Cómo sabes que no se gustaban antes?

Era mi turno para impresionarla. Me encogí de hombros con mucha presunción.

—¡Como si no se notara cuando uno está enamorado!

Mademoiselle simplemente suspiró.

Yo continué, halagada por la atención que me prestaba:

—Seguramente fue ella la culpable de todo y ahora tiene remordimientos porque la brujería está prohibida por Dios. Ahora llora y se arrepiente, eso es todo.

Mademoiselle bajó la vista hacia mí y me miró con una mirada cuya expresión no puedo descifrar, pero no me gustó. Detesto la ironía cuando está dirigida a mí, y además, ¿qué había dicho yo de chistoso?

—Debe ser eso justamente, —me dijo.

## **Monsieur Rose**

Era prudente y tranquilo como un gato. Su vida era apacible; no se había casado y era rico. Tenía desde pequeño un aire burlón y condescendiente que inspiraba respeto. Parecía creer que el mundo estaba lleno de imbéciles; de hecho lo creía. ¿Y quién podía contradecirle? Tenía más de cincuenta años, bellas mejillas gordas, una voz aguda y autoritaria, modales timoratos y discretos, y una mente sagaz. Su despensa era buena. Ofrecía excelentes cenas a sus pocos amigos. Para poder conocer a un hombre plenamente hay que verlo en la mesa o delante de una mujer que le agrade. Cuando pelaba una fruta o cuando acariciaba la mano de una mujer, Monsieur Rose asumía la misma dulzura, la misma prudencia seductora y exhibía el mismo apetito, delicado pero seco.

No amaba a nadie ni odiaba a nadie. Era un hombre con quien era de lo más fácil vivir, solían decir. Administraba su fortuna de una manera admirable. Había viajado mucho durante su juventud. Ahora ya no le agradaba. Vivía en el boulevard Malesherbes, en la misma casa donde había nacido. Dormía en el mismo cuarto, en el ángulo justo y exacto donde en otros tiempos tendían su cama de niño. Su vida monótona y retirada tenía alegrías que solo a él le agradaban. Acostumbraba jactarse de que le gustaban los placeres simples: las caminatas, el deambular por las calles, las lecturas, la misma copa de alcohol todas las noches a la misma hora en el mismo bar tranquilo, las golosinas para niños: caramelitos rellenos, chocolates. Jamás habría escogido una almendra acaramelada a la ligera. Las contemplaba un momento en su paquetito rosado con los ojos entre abiertos, y cuando al fin se decidía a tomar una soltaba un ligero suspiro y la saboreaba

delicadamente. Rose creía que hay que calcular la vida, pensarla, medirla con anticipación, desconfiar del azar. Que las cosas no fueran siempre fáciles, esto lo admitía, pero con paciencia él corregía la mala suerte.

Nada le preocupaba tanto como saber dónde depositar su dinero para evitar impuestos demasiado altos. Él había previsto la guerra del 1940 cuando ésta no era más que un embrión, mucho antes de la época en la que cada noche, en cada salón de París, una veintena de falsos profetas con vestidos de gala comenzaran a anunciar en un tono alegre el fin del mundo. Él tomó sus precauciones desde el 1930. Éstas no eran siempre agradables. —Estoy perdiendo algunas plumas, —le confiaba a sus amigos más íntimos alrededor de 1932, pero más vale perder una pluma que el penacho entero. Desde muy temprano pensó en vender sus propiedades en París, incluyendo su casa del boulevard Malesherbes. Se avergonzaba un poco de admitir que le atemorizaban los bombardeos aéreos. Además, sus razones no le importaban a nadie. Pacientemente, sin apuro, concluyó unos buenos negocios como siempre acostumbraba hacer, sin excesos de ganancias o pérdidas. Escogió un sitio encantador en Normandía, no muy lejos de Rouen, donde se compró una casa bella y cómoda rodeada de un gran jardín. Fue aquí a donde transportó su colección de porcelana durante la anexión de Austria a la Alemania Nazi y la colocó en dos aparadores en la sala del piso principal. Cuando las tropas alemanas entraron a Praga, Monsieur Rose mandó a envolver todos sus adornos de cristal al igual que sus cuadros; los libros y la plata partieron un poco antes de la firma de los acuerdos de Munich. Él fue también uno de los primeros franceses

en adquirir una máscara de gas. Sin embargo, se mostraba optimista y declaraba con mucho gusto que tarde o temprano todo se iba a arreglar.

Monsieur Rose tenía una amante bonita, elegante, tonta, bonachona y prudentemente escogida, por supuesto. Rose quería olvidar que un día, como cualquier otro hombre, casi se había dejado llevar por una mujer. Sucedió en Vitela, en 1923. Se había enamorado de una joven. Por primera vez en su vida Monsieur Rose se había fijado en una chica de veinte años. Era la sobrina del médico que lo atendía, una sobrina huérfana, recogida por caridad, a quien nadie quería y a la que esperaban dar en matrimonio lo más pronto posible. Era saludable, morena, con ojos alegres y sumisos y una boca bonita. Le gustó desde el primer momento; despertaba en él un curioso sentimiento de ternura, de ansia, una lástima desdeñosa algo turbia. Ella usaba vestidos rosados y sencillos, rectos como batas de niña y una peineta redonda en el pelo. Un día, mientras celebraban una fiesta de caridad, ella le escribió una carta que firmó como Lucy Maillard. Al ver esta “y” en el nombre Monsieur Rose no pudo disimular su sonrisa ya que sin dudas la joven esperaba revelar de tal forma su verdadero nombre de pequeño-burguesa. Este mal gusto le encantaba y no sabía por qué. Era inocente, cómico, delicioso, un vuelo hacia un sueño, un tímido intento de disimulo, de evasión. He aquí lo que todo esto significaba ante los ojos de Monsieur Rose.

Cuando volvió a ver a la joven, bromearon sobre cómo escribía su nombre y sobre el esmalte rojo que usaba para pintarse las uñas. A veces se las llevaba a la boca mordiéndoselas de una forma tan salvaje que parecía una chiquilla. Al acordarse de su edad, enrojecía y le pedía un cigarrillo a Rose. Ella no inhalaba el

humo, más bien lo expulsaba apresuradamente haciendo muecas, muecas de una boca tierna que Monsieur Rose comparaba con una almendra acaramelada, delicada y azucarada. Porque él ya la había besado una vez en el parque. Era de noche y estaban solos. La besó apresuradamente y preocupado por la cara que ella haría, y ella, levantando los ojos hacia él, murmuró con una voz palpitante:

—¿Le gusto?

Ella parecía tan poco segura de sí misma, tan deseosa de ser mimada, halagada y amada que Rose sintió nuevamente esta ternura que no podía evitar delante de ella. Al fin tomó su cuello entre las manos, la abrazó y le dijo: —mi niña. Su cuello era muy delgado y una pulsación ligera latía entre las manos de Rose. Él pensaba en su ternura, en la palpitación del cuerpo de unaavecilla y le dijo en voz baja: —mi palomita. Caminaron juntos, él la besó nuevamente y esta vez ella le devolvió el beso.

—¿Usted me ama, no es verdad? ¿No es así? En mi casa nadie me quiere. Entonces Rose la invitó a su casa. En esto no había nada de malo pues él no tenía malas intenciones. Sólo deseaba besarla, pero ella lo miró y le dijo:

—Si usted quisiera casarse conmigo... ¡Oh! Usted no querrá, estoy segura, yo sé muy bien que no soy ni lo suficientemente bonita ni rica, pero si usted quisiera, yo lo amaría tanto, —dijo tomándole de la mano.

La joven se inclinó, besó la mano de Rose y, todo eso, su gesto, su perfume, su cabello negro, todo eso conmovió a Rose tan intensamente que tomándola entre sus brazos le prometió que la amaría y que se casaría con ella.

—¿Eres desdichada en tu casa?

—Sí, —dijo ella. ¡Oh, sí!

—¡Bueno! De ahora en adelante serás feliz, yo te lo prometo. Serás mi esposa. Yo te haré feliz.

Una hora más tarde, cuando ella partió, ya estaban comprometidos. Monsieur Rose se quedó solo nuevamente y, poco a poco se dio cuenta de lo que había pasado. ¿Qué había hecho? Deambuló un rato por el parque; la bella noche se había esfumado. Ahora llovía. Regresó a su casa. De pronto se imaginó la residencia del boulevard Malesherbes con una mujer de la que no se podría deshacer una vez llegada la noche. Una mujer compartiendo su mesa para siempre. Una mujer en su cama, quisiera o no. Monsieur Rose le echó el cerrojo a la puerta de su cuarto como lo hacía cada noche y pensó repentinamente que ese simple gesto era excepcional entre esposos y casi una ofensa. Así jamás podría estar solo. Todavía era joven. Seguramente se dejaría llevar, inclusive hasta llegar a tener un hijo. Todo era posible de ahora en adelante. Una mujer, hijos, una familia.

—Ridículo, —dijo en alta voz, ridículo.

Rose se dejó caer en un sillón, cerró los ojos, se restableció y dijo:

—Es imposible.

Se levantó súbitamente. Jamás había mostrado tal agilidad. Arrastró su maleta hasta la mitad del cuarto y comenzó a llenarla. Al día siguiente se fue, huyó. Qué raro. Qué rápido se le había olvidado esta aventura. Durante diez años en ningún momento le turbó el recuerdo de Lucie Maillard. Sin embargo en 1925 se enteró de su casamiento y tres años más tarde de su muerte. Los dos

sucesos llegaron a oídos suyos de parte del doctor, y Monsieur Rose no había sentido más que una profunda indiferencia la primera vez, y la segunda una compasión banal. Pero después de un tiempo, a medida que envejecía, soñaba con ella más y más frecuentemente. Afortunadamente los sueños se borran rápido, y los suyos no dejaban más que un ligero sentimiento de malestar, parecido al de una migraña, que desaparecía después de tomar unos cuantos tragos de su té matinal.

Entonces llegó el año 1939 y Monsieur Rose no tuvo más sueños. Dormía cada vez menos. Ya no era tan fácil caminar, como en otros tiempos, a paso seguro en este universo voluble e inestable; Monsieur Rose presentía grandes calamidades. Las lamentaba pero ya que no las podía alejar de su camino ni del de los demás, lógicamente no le quedaba más que una sola preocupación: él mismo, su bienestar, su fortuna.

Jamás se lo hubiera confesado a nadie; este sentimiento permanecía turbio y confuso en el fondo de su corazón. Monsieur Rose no tenía nada de cínico. Como todo el mundo evocaba la necesidad y exaltaba la nobleza del sacrificio; hablaba de buena gana y con emoción de los derechos y deberes de los ciudadanos, pero establecía en su pensar una diferencia esencial entre él y los demás; él les dejaba los deberes y se atribuía los derechos. Era una actitud tan natural en él, más bien era casi un instinto. A pesar de él mismo, todo lo que veía, oía o leía terminaba por corresponder a su persona: él veía el mundo a través de sus intereses, y como estos dependían del curso del mundo, éste le importaba mucho. Así tenía la conciencia tranquila. Él se convencía fácilmente de que el

destino de Europa le impedía dormir y que abandonando de esta manera su paz mental, entregaba lo más valioso que tenía. ¿Qué más podía hacer? Ya no era joven, no tenía hijos. Además, estaba harto de los impuestos. Con eso ya era suficiente.

—Hay que conservar todo lo posible, —decidió un día.

¿Cómo preservar el dinero? Ni Inglaterra ni América parecían ser, según él, destinos seguros. Detenidamente, con prudencia, con destreza, con toda la experiencia de su edad meditó comparando uno con otro todos los países de Europa y del universo para ver cuál de todos le podría servir de caja fuerte. Pero ninguno le parecía lo suficientemente sólido, lo suficientemente bien protegido. Finalmente terminó por escoger Noruega, donde tenía ciertos intereses.

Al declararse la guerra Monsieur Rose se encontraba en su casa de Normandía. Tomaba leche fresca y cuidaba de sus rosas. Así cuando regresó al boulevard Malesherbes en noviembre se alegró al enterarse de la partida de unos cuantos.

—De verdad, amigo, ¿ha mandado a su mujer al Hérault? ¡Pero qué idea tan descabellada!

—Pero... ¿y usted?

—¡Oh! Yo simplemente prologué mis vacaciones. ¡El mes de septiembre estaba tan bello! Le confieso además que yo me siento perfectamente tranquilo, perfectamente indiferente a todo lo que me puede ocurrir. Un viejo como yo...

Con un gesto distraído tomaba una bolsita de papel amarrada con un hilo de oro, olvidada sobre una mesa, tomaba una nuez cubierta de azúcar transparente, la saboreaba y terminaba declarando:

—...Es inútil tanto para los demás como para mí. A veces es demasiado. He visto dos guerras. Este mundo empapado en sangre me da asco.

Así pasó el invierno. Era ya primavera y París jamás había estado tan lindo. Flotaba en su aire y en su cielo algo de melancolía, de ternura, de luminosidad, una esencia de belleza tan pura y preciosa que a pesar de sí mismo Monsieur Rose posponía día a día su partida.

No obstante había hecho proyectos bien definidos: pasaría tranquilamente este verano del 1940 en el campo, en Normandía. Más adelante haría un corto viaje a Inglaterra. Hacía tiempo que se sentía decaído y agotado; evidentemente la guerra en Noruega le había dado un golpe muy duro. Pero no todo estaba perdido, de eso estaba convencido, al menos eso esperaba... pero en fin... Sin embargo había actuado razonablemente, con cautela, lógica y prudencia. Pero la razón y la prudencia habían perdido poco a poco su fuerza y su antigua virtud. Al entrar en contacto con este universo insensato se descomponían, se enloquecían, como cuando bajo ciertas condiciones atmosféricas inclusive los instrumentos de precisión se descomponen.

Gracias a Dios la fortuna de Monsieur Rose sólo disminuyó un poco después del desastre de Noruega; ésta aún existía. Todavía le quedaba su casa en Normandía, su porcelana, sus cuadros, sus valiosas pertenencias, su oro. Pero a pesar de todo sentía cólera y amargura, un poco parecido a lo que siente un

amante traicionado. Con semejantes sentimientos la soledad del campo le atemorizaba sobremanera. Esta preciosa primavera parisina le convenía mucho más.

Tuvo que llegar la noche del 10 de junio para que finalmente partiera. Había dormido muy mal; las sirenas lo habían despertado dos veces y, a pesar de no haberse movido de la cama, los alaridos en medio del silencio de pasos de vecinos apresurándose a bajar las escaleras y los tiros tan cercanos del cañón turbaron su sueño. Por la mañana se quedó profundamente dormido y soñó que buscaba algo (no sabía exactamente qué) en una casa desconocida donde las puertas batían, donde se arrastraban por el piso pedazos de paja y de papel de regalo. Alguien detrás de la puerta le gritaba que se apurara y él buscaba desesperadamente un ser o un objeto muy preciado, y no lo encontraba, y había que irse, y lloraba en el sueño. La angustia era tal que se despertó con el corazón latiéndole muy fuerte. Le contaron los acontecimientos de la noche anterior y se puso muy triste. Había que irse.

En Normandía no pudo hallar la calma. Era ridículo, eso lo sabía. ¿Que peligro le amenazaba en este lugar tan tranquilo? Además, no era inquietud lo que sentía sino una especie de tristeza. Se sentía viejo, más viejo de lo que era. Ya no ocupaba el mismo lugar en esta tierra. Era un sobreviviente, en fin, una especie en peligro de extinción con sus costumbres, sus gustos, sus exigencias de otra época. En este momento hacía falta otra cosa, pero no sabía qué, ¿la juventud quizá? Pero ya no era joven. Nunca había sido joven.

Así esperaba.

No esperó por mucho tiempo. La guerra había dado un salto hasta el tranquilo retiro de Monsieur Rose como una bestia salvaje que se levanta y salta fuera de su jaula. De nuevo, había que irse. Todo lo que había acomodado, colgado, organizado, guardado con tanto cuidado, con tanto esfuerzo: la plata, los libros, todo lo de valor, el oro, todo se trastornó, una parte fue enterrada, otra amontonada en el auto y Monsieur Rose se puso en camino.

—Deberíamos haber partido ayer, —dijo Robert, el chofer.

Monsieur Rose sólo lo había contratado desde la declaración de la guerra para reemplazar al anterior que había sido reclutado. Era un hombre pequeño, pelirrojo, enclenque, desentendido de toda obligación militar. Conducía bien y no parecía ser demasiado ladrón. Pero Monsieur Rose apenas lo soportaba y sólo por falta de alguien mejor. Robert tenía inflexiones arrabaleras en su voz y un descuido, sino insolencia en sus modales que le desagradaban cada vez más a Monsieur Rose. Robert refunfuñaba, alzaba los hombros, respondía casi groseramente.

La noche se acercaba. Monsieur Rose tuvo hambre. Se sorprendió mucho de experimentar en medio de semejante desastre un sentimiento tan vivo, tan sano, tan simple.

—En cuanto veas un pueblo detén el auto, —le dijo al chofer.

Monsieur Rose no veía más que la nuca de Robert, vellos rojizos bajo la gorra azul.

Robert no respondió nada, pero sus gruesas orejas rojas temblaron, su espalda pareció encorvarse y su nuca se encogió. No se sabía cómo había

reaccionado, pero visto de espaldas y sin pronunciar una palabra parecía expresar tal desaprobación, tal ironía que Monsieur Rose se puso colorado de la ira y exclamó:

—¡Detente enseguida!

—¿Aquí?

—Sí, aquí mismo. Tengo hambre.

—¿Y qué va a comer el señor? Yo no veo ningún restaurante.

—Pues yo veo una granja y en momentos como los que estamos atravesando, —dijo Monsieur Rose con tristeza y serenidad, no conviene hacerse el difícil.

—Detenerse no es difícil, —dijo Robert sonriendo sarcásticamente (el auto estaba inmóvil desde hacía una hora por causa de un embotellamiento sin precedentes). Lo difícil será moverse de aquí.

—Haga lo que le digo, —dijo Monsieur Rose. Usted irá corriendo hasta aquella casa. Comprará lo que pueda: pan, jamón, frutas... ¡Ah! Sí, y una botella de agua mineral porque me muero de sed.

—Yo también, —dijo Robert.

Y encasquetándose la gorra sobre los ojos se levantó del asiento.

“He aquí alguien, pensó Monsieur Rose, que voy a despedir mañana mismo.”

Mañana mismo... ¿Pero donde estaría mañana? Sabía que en esa carretera, no muy lejos de allí, se encontraba un aeródromo, más lejos un campamento, y más lejos todavía las vías del ferrocarril, puentes, grandes fábricas. La noche estaba por llegar. Cada tramo del camino ocultaba un peligro. Le habían dicho que

Rouen estaba en llamas. ¿Qué había sido de su casa? La había dejado esa misma mañana, estaba tan cerca de allí todavía y quizá no era más que cenizas, pero qué cosa extraña, a medida que pasaban las horas pensaba menos y menos en lo que había abandonado. ¡Si en verdad todo estaba perdido, qué importaba! Aún le quedaba la vida. Sí, salvaría su vida. En semejantes instantes el futuro se desvanecía vertiginosamente. Ya no pensaba en el próximo año o en el próximo mes pero sí en el día, en la noche, en la hora que estaba por venir. Esto era lo único que le importaba. Tenía hambre y sed. No quería más que un pedazo de pan y un vaso de agua. ¡Y pensar que no se le había ocurrido llevar víveres! Había pensado en todo. Había cerrado la casa con llave, había ordenado cartas y documentos de negocios, no se le había olvidado ni su ropa, ni sus maquinillas de afeitar, ni sus cuellos almidonados, pero no tenía nada que comer. La casa parecía deshabitada y Robert no regresaba. ¿Acaso había huido todo el mundo?

Por fin apareció Robert y dijo simplemente:

—No hay nadie. No me responden.

—Intentaremos más lejos enseguida que veamos una casa.

Permanecieron en el mismo lugar por mucho tiempo. Al fin, la fila de autos se deshizo. Monsieur Rose dio un golpe en el cristal y exclamó:

—Aquí, veo una luz.

Robert se bajó del auto. Monsieur Rose tamborileaba la canción *Parade des petits soldats de bois* sobre su rodilla. El tiempo pasaba. Robert regresó con las manos vacías.

—No hay nada.

—¿Cómo que nada? Pero hay gente en la casa.

—Están empacando.

—Pero seguro les queda un pedazo de pan, de queso, de paté, en fin, algo de comer, ¿no?

—Nada, —repitió Robert. Qué piensa el señor, con todo lo que pasa por este camino... No tendremos nada que comer de aquí a mañana o a la semana que viene. Ahora, si el señor no me cree, sólo tiene que ir a cerciorarse.

Ya Monsieur Rose estaba saliendo del auto.

—Perfectamente. Usted es demasiado torpe, amigo. Apuesto que les habló con un todo arrogante, desagradable; a eso está acostumbrado. ¡La gente no es tosca, caramba! ¡Uno no le niega un pedazo de pan al prójimo y, en fin, yo no estoy pidiendo una obra de caridad! —concluyó furioso.

Se abrió camino con esfuerzo entre los carros pegados unos contra otros. Las luces estaban apagadas; la gente con la cabeza recostada hacia atrás seguía de vista, inquieta, una sombra que pasaba de estrella a estrella. ¿Era aquello una nube? ¿Un avión enemigo?

Creyeron haber oído el ruido de un motor pero no era más que el murmullo sordo y continuo que subía de esta multitud hacia el cielo: pasos, voces, el roce de las bicicletas contra las piedras del camino, un millón de respiraciones oprimidas, jadeantes, a veces llantos de niños. Monsieur Rose se alejaba con un sentimiento de alivio, como cuando uno se despierta después de una pesadilla. Le parecía haber sido trasladado como de milagro a otro siglo en el pasado, le parecía estar mezclado entre las grandes migraciones humanas de otros tiempos; sentía

horror y a la vez vergüenza. Subió por el camino de la granja más rápido de lo que hubiera podido en otros tiempos. Robert no había mentido. En la sala vio a dos mujeres que llorando arrojaban la ropa en un edredón extendido. Una anciana estaba parada en el umbral de la puerta, lista para irse con dos niños en los brazos y otros dos colgados de la falda. El aparador en la cocina estaba abierto y vacío.

—No hay nada, señor, lo lamento. Ya no tenemos nada. Mire, sólo nos queda un poco de salchichón para nosotros y leche para los niños. Es todo. Nos vamos enseguida.

Monsieur Rose se disculpó y retrocedió por el mismo camino.

“Me va a ser difícil encontrar a Robert”, pensó mientras veía correr lentamente bajo sus ojos desde lo alto del talud ese torrente oscuro.

Todos los autos se parecían, llevando los colchones atados al techo. Sin duda el auto debió haber avanzado un poco. Ya no lo reconocía. Por fin dio algunos pasos y llamó:

—¡Robert! ¡Robert!

Al principio con una voz fuerte e imperiosa, luego inquieta, luego temerosa, luego suplicante y débil. Nadie respondía. Robert lo había abandonado; se iba con el auto, las maletas, la plata, la ropa.

—¡Canalla! ¡Ladrón!, —gritó Monsieur Rose frenético.

Corría a tropezones por encima del talud, buscando quién sabe qué, un comisario, un soldado, alguien con quién se pudiera quejar, alguien que lo pudiera proteger. Pero no había nadie, nadie. La gente huía y nadie le hacía caso.

Sofocado, Monsieur Rose se dejó caer sobre la hierba. Se llevó la mano al corazón y he aquí que encontró su cartera y esto lo calmó un poco. Aquello le había devuelto la vida al cuerpo. Se sintió fortalecido, sustentado; Monsieur Rose asumía nuevamente su lugar en el mundo.

—Evidentemente, esto no es más que una mala noche. Mañana mismo levanto una denuncia y Robert será encarcelado. No se le ocurrirá atravesar la frontera. En Francia yo siempre lo encontraré.

Sólo tenía que llegar a una ciudad, a un pueblo. ¿Pero cómo? A su alrededor, en el camino, los autos, los camiones, los microcoches, los *sidecars* y las carretas se movían con lentitud. Uno veía verdaderos montones frágiles y móviles, compuestos de paquetes, cajas, coches de niños y bicicletas. No quedaba lugar donde acomodarse o de donde sujetarse. ¡Ningún lugar para Monsieur Rose! Y ya la muchedumbre de peatones lo arrastraba consigo.

—Y bien, ¡iré a pie, caramba!, —dijo en voz alta.

—¿Le han robado el carro, señor? —preguntó un joven que caminaba junto a él. A mí, la bicicleta...

Al principio Monsieur Rose no respondió nada. No acostumbraba entablar conversaciones con extraños. Rose le echó un vistazo al joven que tenía dieciséis o diecisiete años y que parecía tan grande, tan bien plantado, tan sólido, que Monsieur Rose pensó: “éste me puede ser útil.”

¿No estábamos regresando a los viejos tiempos donde los músculos fuertes y los puños duros tenían su precio? Este joven podría ayudar a Monsieur Rose, ayudarle a caminar, buscarle de comer, hallarle alojamiento.

Monsieur Rose terminó diciendo:

—Sí, mi chofer creyó que sería una gracia dejarme solo. Pero, ¿y tú?

—¡Oh! A mi alguien me pidió una mano con la reparación de un auto. Yo había dejado mi bici en la cuneta, regresé, y nada. Menos mal que tengo piernas fuertes.

—Sí, menos mal. ¿Vienes de lejos?

—De mi colegio, a cincuenta kilómetros de aquí. Nos mandaron a todos a casa. Yo tenía que irme con uno de los profesores pero el desorden fue tal, que a última hora no lo pude encontrar. Nos bombardearon y yo me fui.

—¿Y tu familia?

—Está en el campo, cerca de Tours.

—¿Piensas reunirte con ellos?

—Sí, al principio... me fui con esa idea pero debo decirle que he cambiado de parecer. Yo tengo diecisiete años. Yo también puedo servir. Y como le decía a mi padre al comienzo de la guerra, de ahora en adelante hay que escoger entre la vida heroica y la vida cómoda.

—Todo está decidido, —murmuró amargamente Monsieur Rose tropezándose con las piedras del camino.

El joven sonrió.

—Sí, claro, a su edad, señor, es duro. Pero yo espero unirme al ejército. Hay un campo militar cerca de Orleáns, estoy seguro. Yo me voy a alistar. Todos los hombres deben combatir.

—¿Cómo te llamas, joven amigo? —le preguntó Monsieur Rose.

Marc. Marc Beaumont.

—¿Vives en París?

—Sí, señor.

Caminaron un poco en silencio. Pasó una hora y otra más. Parecía imposible que la multitud pudiera aumentar, sin embargo, de todos los caminos, de toda encrucijada surgían sombras que se unían a los primeros refugiados y avanzaban en silencio. Porque se hablaba poco, uno no se quejaba, no se oían ni llantos ni gritos. Instintivamente cada uno controlaba su respiración para el camino. Los pies dolorosos de Monsieur Rose apenas lo sostenían.

—Apóyese en mí, señor, no tenga miedo, estoy fuerte, —dijo el joven, usted ya no puede más.

—Quisiera descansar.

—Si usted quiere.

Se dejaron caer en la cuneta e instantáneamente el chico se durmió. Monsieur Rose tenía la edad en la que la fatiga sobreexcita la mente y hace que el sueño se escape. Se quedó quieto y de vez en cuando se restregaba los ojos.

—¡Qué pesadilla! —repetía maquinalmente, ¡qué pesadilla!

La noche pasó rápido; son cortas en junio. Por la mañana, reanudaron la marcha. No se encontraba nada que comer. Uno no podía alojarse en ningún lado. La gente dormía en los prados, a la orilla de los caminos, en los bosques. Después de cuarenta y ocho horas, con la ropa sucia, el saco arrugado, los zapatos polvorientos, Monsieur Rose, que no se había bañado ni rasurado desde hacía dos noches, parecía un mendigo.

—Supongo que iremos así, a pie, hasta llegar a Touraine, —había dicho Marc Beaumont.

Monsieur Rose protestó amargamente:

—¡A pie! ¡A pie no vamos! ¡Es ridículo! No cedas, muchacho, a la deplorable manía de dramatizar la situación. Más adelante le dirás a tus hijos: “Durante la gran crisis de 1940 me fui a pie desde Normandía hasta Touraine.” De hecho, habrás hecho una parte del camino a pie pero otra en camión o en auto, otra más en bicicleta, y así. Lo trágico en su estado puro no existe, y para que lo sepas, siempre hay variaciones, grados, sutilezas, —dijo Monsieur Rose cayéndose y levantándose, porque sus rodillas inflamadas hacían que la caminata fuera cada vez más difícil.

Efectivamente, por la noche los recogió un camión que pasaba y que acogía bajo su lona mojada a los obreros de una fábrica de la región evacuada parisina. Estaba lloviendo y la lona, seguramente tendida de manera precipitada, dejaba correr el agua sobre el cuello de las mujeres. Ellas habían llevado sillas plegables; estaban inmóviles, doblándose bajo el aguacero, con paquetes por los pies, niños en las rodillas. Monsieur Rose y Marc Beaumont tuvieron derecho a una silla para los dos y a una sombrilla que oscilaba abierta en cada hueco del camino. Al cabo de una hora tuvieron que cederle la silla a niños que recogieron a la orilla de un prado. Ya no llovía, afortunadamente. Caminaron otra vez, durmieron otra vez, descubrieron huevos en una granja abandonada, se los tragaron crudos, siguieron más lejos. En un pueblo unos soldados les dieron que comer y les dijeron que se fueran lo más pronto posible porque iban a combatir.

No quisieron aceptar a Marc entre ellos: “No son hombres lo que nos falta, mi pobre amigo, sino armas.” Monsieur Rose y Marc se fueron.

Al menos Marc podía dormir. Enseguida que caía al suelo el sueño se apoderaba de él. Pero Monsieur Rose no hallaba más que breves instantes de reposo y de olvido entre dos pesadillas. Observaba a su compañero con profunda atención. Este chico tenía algunos rasgos de la pobre Lucie Maillard. Hasta le había preguntado acerca del nombre de su madre, imaginando sin saber por qué, un posible parentesco entre ellos. Pero no, no había ninguno. Nada unía a este adolescente vivo a la joven muerta, nada más que el sentimiento que despertaba esa juventud en Monsieur Rose. Como Lucie en otros tiempos, Marc le inspiraba una compasión incómoda y tierna. Marc estaba siempre dispuesto a cargar un niño, a recoger un paquete, a dar su parte del miserable bocado que encontraba al azar en las paradas. Al quinto día, perdió su reloj de pulsera. Monsieur Rose le dijo con una sonrisa sarcástica:

—Caramba, fue por andar corriendo en el monte en busca de esa bolsa de mujer... Si al menos fuera bonita...Vieja paliducha... Fue así que te dejaste robar la bicicleta. En la vida siempre saldrás perdiendo.

—¡Oh! Señor, —dijo Marc, no seré el primero.

Marc se reía. Sabía reírse. Había adelgazado. Estaba pálido. Tenía hambre. Se reía de nuevo.

—¿De qué sirve, señor?

—Una bicicleta te hubiera salvado la vida.

—¡Oh! ¡De ésta igual yo me salvo!

—Sí por supuesto, por supuesto... al igual que yo, eso espero, ¡pero en qué estado!

La existencia se volvía cada vez más semejante a una pesadilla... Los restaurantes, los hoteles, las casas particulares no tenían ni un sólo cuarto, ni una sola cama, ni un sólo metro cuadrado de suelo disponible, ni una migaja de pan que ofrecer. En Chartres dieron sopa a los refugiados a la puerta de un cuartel; Monsieur Rose lloró de alegría al recibir su porción.

Iban hacia el sur, hacia el Loira. Parecía que nunca llegarían. Una noche gritaron: “sálvese quién pueda,” y cayeron bombas. Marc y Monsieur Rose estaban tirados en el suelo al abrigo de un pequeño muro. Monsieur Rose hundía las uñas en la tierra como si quisiera enterrarse o esconderse en ella. De pronto, sintió la mano de Marc sobre su hombro, una mano firme y dulce, infantil todavía, que le daba palmaditas afectuosas y tímidas: así, en los pasillos del colegio, en las clases pequeñas se les da ánimo a los nuevos compañeros.

El avión se alejó. Nadie estaba herido. Pero a lo lejos una casa estaba en llamas. Monsieur Rose dijo en voz baja:

—Esto es demasiado. Esto es demasiado para mí. No lo puedo soportar.

—Claro que sí, usted verá, estamos bastante bien, —dijo Marc tratando de reír.

—¡Ah! Pero tú tienes diecisiete años. ¡Uno no le teme a la muerte, uno no ama la vida a los diecisiete años! Yo... yo quiero salvar la mía, ¿me comprendes? Pobre, débil, viejo, en un mundo en ruinas, pero quiero vivir.

Volvieron al camino y Monsieur Rose ya no decía nada. Se estaban acercando al Loira. Ya no sabían por cuando tiempo habían caminado. Sufrieron un segundo bombardeo. Eran un pequeño grupo de refugiados apretados unos contra otros: el mismo instinto que impulsa unas contra otras a las bestias de una manada bajo la tormenta los juntaba. Marc protegía a Monsieur Rose con su cuerpo. Estaba herido. A Monsieur Rose no le pasó nada. Rose cuidaba a su compañero más bien que mal y, de nuevo, la marcha continuó. Al fin veían los puentes del río Loira. Monsieur Rose se desplomó de repente.

—Ya no puedo caminar más. Es imposible. Prefiero morirme aquí.

—Yo tampoco puedo dar un paso más, —dijo Marc.

Su herida sangraba. Se tropezaba a cada paso. Los dos, el viejo y el adolescente, se quedaron inmóviles, abatidos al borde del camino, mirando el Loira que brillaba al sol, la multitud de refugiados que brotaba; y Monsieur Rose se sentía tranquilo, indiferente, desprendido de todo, de sus bienes, de su vida. Bruscamente reanimado se compuso. Alguien gritaba. Alguien lo llamaba por su nombre.

—¡Monsieur Rose! ¿Es usted, Monsieur Rose?

Distinguió una cara conocida a la puerta de un auto. No pudo ponerle nombre. Parecía haber surgido de otro mundo. Era un amigo, un pariente lejano, una relación cualquiera, un enemigo, ¿que importaba? Era un hombre que tenía un auto. Repleto, claro está, lleno de paquetes, de mujeres y niños como todos los otros, pero, en fin, un carro.

—¿Tiene lugar para mi? —gritó. Mi auto me lo robaron. He caminado desde Rouen. No puedo dar un paso más. ¡Lléveme, por favor!

En el interior del auto se discutió un poco. Una mujer gritó:

—¡Es imposible!

Otra dijo:

—Van a volar los puentes del Loira. No podrán pasar.

En eso, inclinándose hacia Monsieur Rose:

—Suba, no sé cómo, eso sí.... En fin, suba.

Monsieur Rose hizo un leve movimiento, se puso de pie y enseguida se acordó de Marc:

—Para este joven también, un lugar por favor...

—Imposible, mi pobre amigo.

—No lo voy a dejar, —dijo Monsieur Rose.

Estaba tan cansado que su voz empañada resonaba en sus oídos lejana, como la de un extraño.

—¿Es un pariente suyo?

—No, eso no tiene nada que ver. Está herido. No lo puedo abandonar.

—Nosotros no tenemos lugar.

En ese mismo momento alguien gritó:

—¡Los puentes! ¡Los puentes se van a derrumbar!

El auto arrancó. Monsieur Rose cerró los ojos. Todo había terminado. Había perdido la vida. ¿Y por qué? Por este muchacho que no era nada suyo. Rose escuchó una voz de mujer gritar a su lado:

—¡La gente está debajo! ¡La gente! ¡Los carros!

En esa confusión, en ese desorden horrible, el puente se derrumbó demasiado rápido llevándose consigo los carros de los refugiados, entre otros aquel en el que Monsieur Rose había rehusado montarse.

Lívido y tembloroso volvió a caer al lado de Marc, comprendiendo apenas que la vida había acabado de serle entregada.

## Referencias

- Basnett, Susan, and Peter Bush. The Translator as Writer. New York: Continuum, 2006.
- Kershaw, Angela. "Finding Irène Némirovsky." French Cultural Studies. 18 (2007): 59-81.
- Larousse (Ed.). Grand Dictionnaire Bilingue: Español-Francés / Français-Espagnol. Larousse, 2007.
- Lawrence, Venuti. The Translators Invisibility. London: Routledge, 1998.
- Lloyd, Christopher. "Irène Némirovsky's Suite Française and the Crisis of Rights and Identity." Contemporary French Civilization. 31-2 (2007): 161-182.
- Marin La Meslée, Valérie. "Le Bagage d'une Vie." Magazine Littéraire. 478 (2008) : 98-99.
- Némirovsky, Irène. Dimanche et Autres Nouvelles. Éditions Stock, 2000.
- . Suite Française. Éditions Denoël, 2004.
- Philipponnat, Olivier, and Patrick Lienhardt. La Vie d'Irène Némirovsky. Éditions Grasset & Fasquelle, 2007, 316.
- Renard, Paul. "Une romancière face à la tragédie." Revue d'Étude du Roman du XXE Siècle. (1993) : 165-174.
- Sartori, Eva. Daughters of Sarah. Holmes & Meier In association with European Jewish Publication Society, 2006.
- Sartre, J. Paul, La Nausée. Gallimard, 1938.
- Solano, Francisco. "Observación de la guerra." El País [Madrid] 5 de Noviembre del 2005.
- Zorrilla, Alicia. Hablar, Escribir, Traducir en Español. Buenos Aires: Fundación Instituto Superior de Estudios Lingüísticos y Literarios Litterae, 2003.
- Weinberger, Eliot. "Anonymous Sources." (uncollected essays), 2002.

## Bibliografía

- Anissimov, Myriam. "La música del adiós." La Nación. (2006): 1-2.
- Astro, Alan. "Two Best-Selling French Jewish Women's Novels from 1929." Symposium. 52 (1999): 241-54.
- Basnett, Susan, and Peter Bush. The Translator as Writer. New York: Continuum, 2006.
- Chaudier, Stéphane. "Une humanité fantastique: Irène Némirovsky et Dostoïevski." Tangence. 86 (2008): 67-88.
- Cronin, Michael. "Keeping one's distance: Translation and the play of possibility." TTR: traduction, terminologie, rédaction. 8 (1995): 227- 43.
- Dufay, François. "L'offense faite à Irène." Express. (2008) : 70-71.
- Durand, Pierre. Vivre debout, la Résistance. Éditions la Farandole, 1974.
- Franklin, Ruth. "Scandale Française: The nasty truth about a new literary heroine." The New Republic. (2008): 38-43.
- García, Valentín. Experiencias de un traductor. Madrid: Editorial Gredos, 2006.
- Gardiol, Rita. "Argentine Jewish Women Short Story Writers." Hispanófila. 129 (2000): 117-25.
- Gille, Élisabeth. Le Mirador. Éditions Stock, 2000.
- Hibbs, Solange, and Monique Martínez, eds. Traduction, adaptation, réécriture dans le monde hispanique contemporain. Presses Universitaires du Mirail, 2006.
- Kershaw, Angela. "Finding Irène Némirovsky." French Cultural Studies. 18 (2007): 59-81.
- Laforet, Carmen. Nada. Barcelona : Ediciones Destino, 1960.
- Larousse, ed. Grand Dictionnaire Bilingue: Español-Francés/ Français-Espagnol. Larousse, 2007.
- Lawrence, Venuti. The Translators Invisibility. London: Routledge, 1998.

- Legón, Fernando. Aspectos da dinâmica complexa do processo de tradução: Análise de uma experiência de tradução literária do espanhol ao português. Universidade de São Paulo, 2005.
- Lewis, T. “A Cool Head and a Hard Heart: Irène Némirovsky’s Fiction.” The Hudson Review. 59 (2006): 471-79.
- Lloyd, Christopher. “Irène Némirovsky’s Suite Française and the Crisis of Rights and Identity.” Contemporary French Civilization. 31-2 (2007): 161-182.
- Marin La Meslée, Valérie. “Le Bagage d’une Vie.” Magazine Littéraire. 478 (2008) : 98-99.
- Matute, Ana María. Luciérnagas. Barcelona : Ediciones Destino, 1993.
- Némirovsky, Irène. David Golder. Paris : Bernard Grasset, 1929.
- . Dimanche et Autres Nouvelles. Éditions Stock, 2000.
- . Les Chiens et les Loups. Paris : Éditions Albain Michel, 1940.
- . Les Mouches d’Automne ou la femme d’autrefois. Éditions Kra, 1931.
- . Le Pion sur l’Échiquier. Paris : Éditions Albin Michel, 1934.
- . Suite Française. Éditions Nenoël, 2004.
- Philipponnat, Olivier, and Patrick Lienhardt. La Vie d’Irène Némirovsky. Éditions Grasset & Fasquelle, 2007.
- Ravvin, Norman. A House of Words : Jewish Writing, Identity and Memory. McGill-Queen’s University Press, 1997.
- Renard, Paul. “Une romancière face à la tragédie.” Revue d’Étude du Roman du XXE Siècle. (1993) : 165-174.
- Sartori, Eva. Daughters of Sarah. Holmes & Meier In association with European Jewish Publication Society, 2006.
- Sartre, J. Paul. La Nausée. Gallimard, 1938.
- Solano, Francisco. “Observación de la guerra.” El País [Madrid] 5 de Noviembre del 2005.
- Weinberger, Eliot. “Anonymous Sources.” (uncollected essays), 2002.

Yudkin, Leon I. Jewish Writing and Identity in the Twentieth Century. London: Croom Helm, 1982.

Zorrilla, Alicia. Hablar, Escribir, Traducir en Español. Buenos Aires: Fundación Instituto Superior de Estudios Lingüísticos y Literarios Litterae, 2003.